

LA CAMPANA DE 1854

6


LIGERA E IMPARCIAL RELACION

DE LOS

HECHOS PRINCIPALES DE ELLA.



LIMA 1855,
TIPOGRAFIA DE "EL HERALDO DE LIMA."
Calle de Valladolid, 98.



9. Pastanón y Vivero.



Un sentimiento de justicia, y no otro móvil, nos ha hecho tomar parte en la larga polémica sostenida entre los Generales Castilla y Castillo, sobre la campaña de 854.

El General Castillo prestó grandes é importantes servicios á la causa revolucionaria, y aunque estemos muy léjos de concederle que todos los acontecimientos favorables para ella se le deban exclusivamente, no es por eso pequeño el mérito que para con los pueblos contrajo. Una venganza, mas que un rasgo de justicia, lo separó del ejército; pero venganza largo tiempo concebida y premeditada, y por lo mismo tanto mas innoble de parte de quien la ejerciera. El suceso de Morococha, único, tal vez, en la historia de los ejércitos, y que ofreció el inaudito escándalo de que el General en Jefe y su Jefe de E. M. G. se prodigasen verbalmente los mas groseros insultos, parecia no haber dejado ras-

tro en el corazon del General Castilla ; si así hubiera sido, este General, si de pronto aparecia débil para castigar, se mostraba despues, grande para olvidar ; pero no : su vanidad ofendida no podia mirar con buen ojo á quien tuviera la osadía de enrostrarle enérgicamente su ineptitud y su incapacidad ; así como, presa constante de una devoradora envidia, no era capaz de soportar la presencia de un hombre que ganaba en crédito, y que aumentaba su popularidad.

El suceso de Morococha parecia ya de ámbos Generales olvidado, cuando la ignominiosa separacion del General Castillo, vino á hacer ver que el Libertador no era hombre de dejar sin venganza una injuria ; pero si con tal separacion hubiera aquella de terminar, no hubieramos quizá levantado nuestra voz.

El Libertador habia acordado en Huancayo ascender á Generales de Division á los dos de Brigada que servian á sus órdenes ; nótese que esto ocurriria despues del disgusto de Morococha ; pero mas tarde, cuando la Convencion Nacional quiso premiar con ese ascenso los servicios del General Castillo, el Presidente descendiendo desde su sólio para convertirse en acusador, difamador y calumniador público de aquél.

No ha sabido ciertamente el General Castillo desvanecer los puntos mas fuertes de la acusacion, y tal circunstancia ha dado anza á su adversario para difamarlo mas y mas, y para faltar con descaro á la verdad de los hechos, en los largos escritos publicados en su elogio.

La causa no era nuestra, mas no por eso dejamos de indignarnos contra los que emplearon la procacidad y la injuria para empañar la honra ajena, y para desvanecer un mérito bien adquirido ; y

tomamos parte en la polémica cuando los adversarios se quisieron presentar ante el mundo, cada uno de ellos, como el único acertado capitán. El General Castillo no necesitaba, para hacer triunfar su causa, sino emplear la verdad sin exagerarla, y no exhibirse mas en grande de lo que naturalmente es; y con no haber seguido ese sistema, lastimó su causa con los defectos de una mala defensa. Mientras tanto, el General Castilla debió, por su propio decoro, guardar silencio, é imponerlo á su encomiador, por que bien sabia que nada verdadero podia alegarse en defensa de sus innumerables é inauditos desaciertos, y que, al quererlos presentar como altas concepciones, ofendia la verdad y se presentaba poseido de una ridícula vanidad ante los muchos y presentes testigos de sus *glorias*.

No fué nuestro objeto sostener la polémica en que nos hemos visto empeñados por provocacion ajena; no lo fué tampoco ocuparnos del hombre sino en cuanto tuviera relacion con los hechos cuya narracion se nos exigia; y á no habérsenos dirigido algunas insolentes alusiones personales, al no creérsenos estimulados por *innobles pasiones*, y animados por *perversos instintos*, hubiéramos llenado nuestra tarea circunscribiéndonos á los estrechos límites que nos impusiera nuestra excesiva moderacion.

Si nuestra pluma se ha desviado, si hemos sido severos al juzgar al hombre, débese, no á nuestra intencion de difamar, sino á la necesidad de repeler groseros ataques. Sin interes en mentir, é incapaces de hacerlo aun por el interes mayor que se conozca, nuestra relacion es veraz en todas sus partes, y su exactitud la abonan el testimonio de los ejércitos vencedor y vencido, y el de los pueblos y

lugares por donde hizo tránsito el ejército libertador.

Para que el público pueda hacer una comparación cómoda entre las razones alegadas por nosotros y las expuestas por nuestro adversario, reunimos en un cuerpo todos los artículos publicados sobre el asunto.





PARA LA HISTORIA.

LOS GENERALES CASTILLA Y CASTILLO.

I.

HACE dias que estos dos personajes ocupan las columnas de los periódicos de esta capital, refiriendo los acontecimientos de la campaña de 854. Dedicán su trabajo á los que, mas tarde, intenten escribir la historia, pero no la historia del Perú, sino la individual de ellos, y tal como cada uno lo desea, para aparecer como el personaje mas prominente. Pero esos generales, ciegos por la pasión de su propia importancia, pintan los hechos con el colorido que le es mas favorable; alteran la verdad cuanto importa á sus propósitos, y dominados por la vanidad y el orgullo, no ministran datos al historiador imparcial, sino al escritor que pretenda hacer sus apologías. Estando recientes los sucesos sobre que recae la polémica, vivos to-

dos los hombres que en ellos tomaron parte y otros muchos que han sido testigos presenciales, los escritos de los generales contendientes, no servirán sino para dar una triste muestra de nuestros primeros hombres, y para presentarlos capaces de transigir con todo lo que no ataque la exajerada idea que de su propio valer han concebido. Los que hayan visto al General Castilla en campaña, los que hayan experimentado que en su cerebro no hay jamas ni plan militar ni idea fija; los que se hayan convencido de que sus maniobras, marchas, y triunfos son siempre resultado de ajenas instigaciones, de hechos casuales ó del favor providencial, no podrán ménos que reir cuando no indignarse de ver á este General presentar los hechos consumados, pero de resultados felices, como debidos á sus concepciones y pericia, así como imputar á los que sirven bajo sus órdenes, las consecuencias necesarias y dañosas de sus constantes desaciertos y veleidades. Cierto es que en los ejércitos regulares, donde cada hombre tiene un círculo propio de accion, son de responsabilidad particular tales ó cuales errores; cierto es que la disposicion de marchas, ocupacion de posiciones, y otros asuntos económicos del ejército, son de la incunvencia del Jefe de E. M. G.; pero esa separacion de atribuciones no existe ni existirá nunca en ejércitos que tengan por jefe al General Castilla. Sin comprender ni la importancia de su cargo, y corriendo incesantemente tras el ejercicio de un poder ilimitado, aun cuando sea descendiendo de la altura en que se encuentra, invade, siempre y á toda hora, el campo de la accion agena, y abraza desde las altas funciones de jefe director de la guerra, hasta las serviles del cuartelero y del rancharo: En una palabra, nada se hace ni puede hacerse sino su voluntad, nunca dirigida por

la reflexion ni por el convencimiento, sino por el más ciego instinto. Todas las personas inteligentes en el arte de la guerra, y aun las que sin serlo están dotadas de sentido comun, saben apreciar cuanto vale el tiempo en las operaciones militares, y cuanto importan la energía y la firmeza para hacer cumplir las órdenes una vez expedidas ; pero en el General Castilla es sistema no tomar nunca en cuenta aquel, y dar y revocar estas con tal frecuencia, que sus subordinados no saben, en el último momento, cual es la disposicion definitiva.

Existen entre nosotros algunos jefes que recibieron del Libertador, en cuatro dias, siete órdenes en diferente sentido, cuando se trataba de mover el ejército de Jauja sobre Lima ; y nada daría mas alta y completa idea de la capacidad militar del Libertador, que la simple descripcion de ese movimiento ; ella no solo deshonoraría á un ignorante capitan que, por primera vez, viera pesar sobre sus tres galones el mando de un ejército entero, sino que bastaría para dar una triste idea del buen juicio de un cabo de compañía. Pero no entra en nuestro propósito combatir ó refutar ese cúmulo de ineptias y de hechos desfigurados con que los Generales Castillo y Castilla pretenden dejar sus retratos á la posteridad : no queremos tampoco analizar esos hechos, aducidos como prueba de alta pericia y de extensos conocimientos militares ; deseamos solo hacer que termine una polémica enderezada á alucinar á los incautos, y á poner en transparencia el carácter de dos hombres que se disputan palmo á palmo una importancia que ninguno de ellos merece en realidad, y en la que el uno, con la exclusion del otro y de todos cuantos tomaron parte en la última campaña, quiere aparecer como el héroe único, y como el padre de to-

da buena concepcion, así como exento de culpabilidad en los infinitos errores que hacen la parte esencial de esa campaña.

Nótase, sin embargo, una diferencia en los escritos de ámbos Generales. El General Castillo altera la verdad de los hechos con el solo propósito de elevarse sobre su adversario, pero sin calumniar á nadie; miéntras tanto el General Castilla no repara ni en los diques que opone la conciencia, y al tiempo mismo que emplea como medio lícito la difamacion y la mas demostrada calumnia, envuelve sus ideas en una intencion siempre dañosa á su adversario, aunque no pueda descansar sino en descabelladas presunciones.

Muchos trozos pudieramos tomar de los escritos consagrados á la historia, para demostrar que ellos refieren sucesos muy distante de la exactitud y de la verdad; pero bastará á nuestro objeto señalar uno de los de cada General.

El General Castillo en su artículo publicado en el "Heraldo" de 28 de Enero último dice.—

"El 24 de Octubre, el Jefe de Estado Mayor General entró á Jauja; seiscientos hombres, mas bien
"mas que ménos, entre ellos setenta de caballería,
"mas de dos mil fusiles, municiones que no tenia-
"mos, pólvora en abundancia, mas de cien mulas,
"&a. &a.. todo esto cayó en poder del Ejército Li-
"bertado. Veinticuatro horas despues, no habrian
"encontrado mas que despojos inutilizados, pues
"ya se preparaban á retirarse, llevando consigo to-
"do lo que les hubiera sido posible."

El principal aserto que estas palabras contienen, es de todo punto falso, y para demostrarlo así, no necesitamos sino recurrir á los partes oficiales de aquella época. De tales documentos consta que si el General Castillo tomó en Jauja algun armamen-

to, municiones, é hizo prisioneros á los Coroneles Salaverry, Franco y á otros jefes, no fué él solo sino otro general el que se apoderó de esos seiscientos hombres ; debiendo saberse ademas que esa captura no tuvo lugar en Jauja sino en Huancayo, y no tampoco el 24 de Octubre sino el 25. El General Castillo en su prurito de haber sido el *factotum* de la revolucion, no ha querido ni fijarse en la mengua que á su reputacion resultaria de apropiarse hechos, de poca ó mucha importancia, en los que no tuvo ninguna parte. Si mérito pudo haber en la toma de esos hombres, tal mérito no le pertenece : si el hecho practicado por otro es de poco merecimiento, mal hace el ex-General Jefe de E. M. G. en agregarlo á su espléndido catálogo de trabajos militares. El General Castillo, que tan celoso y vigilante se muestra para no permitir que sus laureles presten sombra á frentes ajenas, debe dejar á cada cual los que le pertenecen legítimamente. ¡Qué! ¿Necesita ese general despojar á todo el mundo de sus méritos para engrandecer el suyo? En esto no haria sino remedar al General Castilla que, como ya hemos dicho, es, segun él mismo, el origen de todo procedimiento asertado, sin que jamas acepte, sino como obra ajena, las consecuencias de su atolondramiento é impericia.

Si el cargo que acabamos de hacer al General Castillo es grave para un general y para todo hombre que aprecie el honor y el decoro, no son de menor bulto los que se deben oponer al siguiente fragmento de los escritos del General Castilla.

“En uno de nuestros anteriores artículos manifestamos toda la extension del plan concebido por el General Castilla al ejecutar el movimiento de Moya, y la manera prudente como trataba de llevar á cabo cualquiera de los tres grandes fines

“que por él se habia propuesto, sin perderlos de
“vista, ni considerar como obstáculos, los hechos su-
“balternos que se realizaban durante la marcha.
“El Libertador, pues, para dar lleno á sus ideas, ne-
“cesitaba colocar al ejército en una posicion ade-
“cuada á su objeto, y venciendo todas las dificulta-
“des que se le presentaron, consiguió situarlo en la
“hacienda de Morococha, lugar que él habia elegi-
“do de antemano, y que ofrecia todas las ventajas
“posibles para la realizacion de cualquiera de las
“tres partes que comprendia su plan. Llegado á
“punto tomó todas las precauciones que prescriben
“las leyes de la guerra en tales casos, y entre las
“medidas de seguridad que adoptó, la demas im-
“portancia sin duda, fué la colocacion de la van-
“guardia á dos millas del ejército de los pueblos y
“cuatro por lo ménos del enemigo. La vanguardia
“constaba de dos batallones y una columna de ca-
“zadores—á órdenes del Jefe de E. M. D. Fermin
“del Castillo.

“Como se vé, el movimiento de Moya habia lle-
“gado á su término: el ejército despues de los su-
“frimientos y las privaciones consiguientes á su
“violenta marcha se acercaba la hora del conflicto,
“y el General en Jefe habia abandonado la seguri-
“dad y la suerte del ejército á su Jefe de E. M.
“dándole, como le dió, el mando de la vanguardia.
“Pues bien, una vez comprendida la situacion del
“ejército en Morococha, es preciso conocer de igual
“modo la conducta que observó el general D. Fer-
“min del Castillo.

“Descansaba el General en Jefe con el grueso del
“ejército, cuando repentinamente sabe que el Ge-
“ral Castillo habia abandonado su puesto y marcha-
“do sobre el enemigo con solo las fuerzas que es-
“taban á sus inmediatas órdenes, sin mandato del

“General en Jefe, ni habérselo anticipado siquie-
“ra. Al punto se puso en camino el Libertador y
“habiendo alcanzado á la vanguardia, la hace con-
“tramarchar, á fin de que ocupase de nuevo el
“punto que poco ántes habia abandonado,—no sin
“haber sufrido para ello las groseras palabras del
“General Castillo, que á presencia de la tropa se
“insubordinó contra su General en Jefe, y le in-
“sultó con insolencia.

“Tamaño crimen cometido por el Jefe de E. M.
“y Comandante de la vanguardia, en circunstancias
“de estar el enemigo al frente, tiene á nuestro jui-
“cio un carácter de *traicion*; porque no podemos
“concebir que el General Castillo ignore sus debe-
“res militares hasta ese punto.

“Por esto dijimos, ántes de ahora, que D. Fer-
“min quiso parodiar en Morococha al General Mar-
“mont, que hallándose á órdenes de un cuerpo
“de ejército, y faltando á sus juramentos, desertó
“de Napoleon y se pasó á los aliados en 14 de Abril
“de 1814, conducta por la que tuvo que pasar en
“la infamia sus últimos dias léjos de su patria,
“que jamas pudo perdonarle tan degradante ac-
“cion.—A imitacion de este, creemos que D.
“Fermin emprendió su marcha sobre Pachacha-
“ca, y que si no acabó de desenvolver su plan,
“fué porque el Libertador, habiéndolo sabido á
“tiempo, supo prevenir el mal, como todos los sa-
“ben.”

Falso hasta el extremo es que la marcha del ejér-
cito hácia Morococha fuese un plan concebido, ma-
durado y realizado por el Libertador: falso que ese
plan encerrase tres *grandes fines*. Los medios que
el General Castilla ha empleado siempre para los
fines que ha alcanzado, han sido la confusion y la
indecision. Buenos ó malos esos fines, jamas fueron

los engendros de la prevision de un cerebro sujeto á incesantes vacilaciones.

Vamos á reseñar ligeramente los hechos á que se contrae el General Castilla ; los referiremos con toda exactitud, y despues de nuestra relacion, que apoyamos en el testimonio de multitud de personas, veremos lo que queda de ese *plan* y de esos *tres grandes fines*.

Estando el Ejército en Pachachaca, y colocado en favorables posiciones, era una cosa decidida que se libraria el combate en ese sitio ; á pesar de tal acuerdo, el General Castilla hizo descabezar el ejército dirijiéndose sobre los llanos que conducen á Yauli ; el General Castillo preguntó al Libertador cual era su intencion al abandonar su propósito de esperar allí al enemigo, y al emprender una retirada por un camino que, entre otras desventajas, ofrecia la de exponer el ejército á una segura pérdida, atendido el número y calidad de la caballería enemiga. Insistió el Jefe de E. M. en que, en el supuesto de que el Libertador no cesase de su idea de mover el ejército, se operase la retirada hácia Morococha, en atencion á que en el tránsito habia posiciones ventajosas que podian ocuparse en caso de necesidad. Las exigencias del General Castillo decidieron, no sin trabajo, al General Castilla á seguir el camino que este le indicaba.

El ejército llegó á la hacienda de Morococha á mas de las siete de una noche lóbrega, y á pesar de la corta distancia á que se encontraba el enemigo, las tropas libertadoras se acomodaron como pudieron, sin adoptarse ninguna precaucion de las exigidas por la prudencia, y durmieron hasta las ocho de la mañana del siguiente dia. El General Castillo cubria el movimiento, y se quedó, sin órden alguna, á retaguardia como á una legua de dis-

tancia. Indeciso hallábase el General Castilla, sin saber qué decidir ni qué mandar; y fecundo en medios de perder el tiempo, daba vueltas y revueltas en el campo, preguntando á un Jefe, por tres veces y á intervalos de media hora, si sabia el paradero de los sagrados; el Jefe interrogado habia respondido, desde la primera pregunta, que aquellos se encontraban en San Mateo, que no tenian noticia de la retirada del ejército, y que corrian el riesgo de ser tomados. A pesar de esta contestacion, repetidas tantas veces cuantas fué hecha la pregunta, montó el General Castilla á caballo, para ir á hacer la misma indagacion cerca del General Castillo. Llegado al sitio donde creia encontrar la vanguardia, se halló sin ella, habiéndosele indicado que ocupaba unos cerros fronteros; estaba allí, en efecto, situada en una eminencia y esperando al enemigo, pues el General Castillo, deseoso de batirse, habia enviado á Pachachaca al capitan Lano con su compañía á que provocase la lucha.

El Libertador observó, con razon, que la tropa estaba mal situada, y no estando con ella el General Castillo, hizo que se le buscase con sus ayudantes, y que se le llamase á toque de corneta. Descendió entónces el General de la altura en que se encontraba, á pié, y tirando su caballo de las riendas. Entónces fué cuando se trabó entre ámbos Generales ese cambio de invectivas y de insultos en que los dos descendieron hasta un punto muy inferior á su altura y categoría.


Las intenciones de *traicion* que se atribuyen al General Castillo son tan calumniosas como torpes. Ellas nacen de un rencor mal disimulado, é indigno de un pecho donde haya una pizca de dignidad y de hidalguía.

Los ejemplos de inmoralidad y de desórden en

que no son escasos los acontecimientos de la campaña, débense exclusivamente á la causa que ya hemos apuntado. Cuando los hombres no se limitan á las funciones del cargo que desempeñan ; cuando el primer Jefe no tiene ni la energía necesaria para hacerse respetar, ni el tino y circunspeccion requeridos para dirigir ; cuando en los momentos de conflicto mendiga humildemente el parecer ajeno, para despreciar, salvado aquel, con arrogancia un sano consejo, todo tiene que ser desórden y confusion.

Queda, á nuestro juicio, probado que el movimiento sobre Morococha, no ocurrió al General Castilla un momento ántes de verificarlo : que los *grandes fines* que ese movimiento entrañaba, han ocurrido al escritor cuando tranquilamente se ha fijado en los últimos resultados, providencialmente favorables, de una série de absurdos, cuyas consecuencias legítimas y lógicas, no eran las que debian formar el timbre de gloria del General Libertador ; y queda tambien probado que los Generales Castilla y Castillo, *colosos* situados uno frente al otro, para enrostrarse sus desvios y enaltecerse con sus propios elogios, no aceptan la verdad como el único medio de alcanzar sus *grandes fines*.

Heraldo núm. 470.



PARA LA HISTORIA. (*)

LOS GENERALES CASTILLA Y CASTILLO.

II.

Con el ostensible objeto de hacer un paralelo entre nuestros escritos y los del General Castillo se ha publicado en el número 470 del *Heraldo* un artículo, cuyo autor, por grande que sea su empeño de aparecer como un crítico imparcial, deja entrever fácilmente el dañoso intento de deprimir al General Castilla, oscureciendo sus glorias y presentándole además como dominado por el instinto ruin de la calumnia.

Antes de contestar dicho artículo, creemos conveniente advertir á nuestros lectores que estos escritos en manera alguna pertenecen al Libertador.

Conocieron los que esto escriben el objeto que manifiestamente envolvian los escritos dedicados á la historia por el General Castillo ; é informados de la verdad de los hechos que este tomara á su cargo, resolvieron emprender el exámen referido, sin abrigar jamas la pretension de relegarlo á la historia á semejanza del Ex-Jefe de E. M. G.—Para nosotros pues, la cuestion no ha tenido ni podido tener otro carácter que el de la actualidad, ni mas intereses que el de las circunstancias—Desopinar al Jefe del Poder Ejecutivo, arrebatarle sus glorias, negarle sus merecimientos como cabeza de la revolucion, y pintarlo con—los mas desfavorables colores, todo para difamarlo injustamente *ahora*—he aqui el objeto real que el General Castillo ha tratado de cumplir.

(*) Los artículos que tienen este signo son los publicados por el defensor del General Castilla.

Y á nuestro modo de ver, yerra torpemente cualquiera que pretendiese dar otra importancia á los escritos del General Castillo. Bueno está que él oculte su verdadero fin bajo el epígrafe que ha elegido ; por que para presentar al público un pernicioso escrito y para que este no sea rechazado con indignacion, es siempre bueno cubrirlo con una aparente sanidad. Pero no se quiera deducir de aquí que la cuestion promovida por D. Fermin del Castillo tenga por objeto proporcionar *datos para la historia*. Por desgracia, nuestros hombres jamas se levantan á esta altura ; son únicamente *hombres de la actualidad* : no alcanzan sino lo que está muy cerca de ellos ni tienen otra aspiracion que la de proporcionarse un *presente* favorable. Esta es la verdad ; y la verdad expresaremos siempre, sean quienes fuesen los individuos á quienes ella alcance.

Segun esto, deben saber los *imparciales* (como quiso denominarse el autor del artículo á que hacemos referencia) que ni hemos considerado digna de la *historia* la relacion del General Castillo, ni á la *historia* hemos dedicado nuestras observaciones. Hemos hablado para el presente, y nada mas.

Prévia esta declaracion que hemos juzgado necesaria, pasaremos á ocuparnos de lo principal.

Se copia un trozo de uno de nuestros artículos en el que se ha creido descubrir el objeto de falsificar los hechos para hacer la apologia del Libertador. Observemos las razones alegadas en pro de la inteligencia que ha querido darse al trozo copiado, y veamos en consecuencia si es justa la manera como se nos califica.

Dijimos nosotros que el Libertador al ejecutar el movimiento de Moya, concibió un plan ; y que este plan abrazaba tres grandes fines, todos favorables al ejército de los pueblos. Entónces indicamos el

plan y detallamos los fines, no sin demostrar que el movimiento por sí mismo aseguraba todas las probabilidades que reconoce el arte de la guerra para la realizacion de cualquiera de ellos.

El crítico nos responde: “Falso hasta el extremo es que la marcha del ejército hácia Morococha, fuese un plan concebido, madurado y realizado por el Libertador; falso que ese plan encerrase tres grandes fines.”—¿Y por qué?—Porque: “los medios que el General Castilla ha empleado siempre para los fines que ha alcanzado, han sido la confusion y la indecision. Buenos ó malos esos fines, jamas fueron los engendros de la prevision de un cerebro sujeto á incesantes vacilaciones.”—Mas claro.—Por que el articulista *considera* incapaz al General Castilla, por la confusion é indecision que él *ha tenido á bien atribuirle*, de concebir y poner en planta una maniobra militar que reuniese en sí todas las probabilidades que el arte de la guerra señala para obtener un buen resultado.

¡Sublime lógica, por cierto! Y lógica segun la que, si al lógico no le place, ni César, ni Federico, ni Turena, ni el mismo Napoleon, tuvieron la capacidad militar suficiente para concebir y realizar una maniobra. Para decirlo de una vez—lógica de los necios, por que es una necedad atribuir á *la fortuna* los resultados constantemente felices de un General en sus diversas campañas, y aducir, como solo fundamento de su incapacidad, una injusta y aventurada calificacion de la persona.

Un General, en efecto, á quien está encomendada la suerte del principio ó de la causa que defiende, se halla en el deber preciso de obrar por sí y únicamente ante sí en el círculo de sus atribuciones: á nadie debe cuenta de los medios que tiene que emplear; y solo responde con el resultado. Por lo

mismo y atendida la gravedad y delicadeza del cargo que desempeña, y la importancia suma de cualquiera resolucion que haya de dictar, no deben comunicar á persona alguna las maniobras ó el plan que hubiese concebido, hasta el momento necesario. Entónces dará sus órdenes que, por absurdas que á primera vista parezcan, deben ser cumplidas por sus subordinados. Tales son los principios sentados por los grandes capitanes y reconocidos universalmente.

Luego ¿será justa la negacion hecha por el articulista del *Heraldo*? ¿Será justo que por que el General Castilla no comunicó su plan á todo el ejército, se considere falsa una aseveracion fundada en los resultados?—Nosotros hemos procedido en nuestros juicios, prévio el conocimiento del terreno y la observacion del éxito alcanzado con el movimiento de Moya, y hemos llamado tambien á nuestra ayuda las reglas que establece el arte militar.—Ellos solo se fundan en una parcial é injusta calificacion del General Castilla—¿Quiénes tienen la mejor parte?

Dice el articulista que los tres grandes fines que entrañaba el movimiento de Moya se nos ocurrieron despues de habernos fijado tranquilamente en los últimos resultados. Y tiene razon; por que no concebimos que exista otro medio para conocer la importancia de un movimiento estratégico que el exámen *tranquilo* de las medidas empleadas y del éxito que ellas produjeron. Si no es así, y el articulista descubre alguna otra manera de conocer las causas, que no sea el *tranquilo* exámen de los efectos, le agradeceremos que nos la indique, confesando desde luego haber pecado por ignorancia.

PARA LA HISTORIA

LOS GENERALES CASTILLA Y CASTILLO.

III.

Suplicamos nos dispense unas cuantas preguntas el autor del artículo que con el rubro que encabeza este, ha publicado el *Heraldo* del viernes 1.º del presente.

¿Es verdad ó no, que los almacenes de fusiles, municiones, pólvora &a., y los hospitales del ejército de Echenique, con mas de cuatrocientos enfermos, existian en la ciudad de Jauja?

¿Es verdad ó no, que el General Castillo mandó de Jauja al coronel D. Manuel Saavedra con una carta para el General Frisancho; que en seguida con el escuadron marchó en la misma direccion, y deteniéndose en Concepcion, á cuatro leguas de Huancayo, esperó allí la contestacion de dicha carta?

¿Es verdad ó no, que la contestacion la recibió á las dos de la mañana el 26 ó 27, y viendo que no podia conceder á su nombre lo que pedia el General Frisancho, á esa misma hora regresó á Jauja donde esperó encontrar á S. E.; que en el camino encontró al General Caravedo con tropas, que el Libertador mandaba al General Castillo, y si este no ordenó al General Caravedo para que siguiera con ellas y el escuadron que dejara en Concepcion?

Al hacer estas preguntas no es nuestro intento hacer desmerecer el mérito de la parte interesante que tuvo el Sr. General Caravedo en la ocupacion de la provincia de Jauja; lo que sí cumple á nuestro propósito, en descargo de los reproches que se nos hace, es probar que si el General Casti-

llo se detiene en la Oroya cuando se le mandó por dos órdenes repetidas, los sucesos posteriores habrían tenido lugar de un modo muy diverso, y esto es lo que nos propusimos manifestar en el trozo que nos citan "Los Imparciales." El General Castillo, á la inversa del Libertador, sentia sumo placer en publicar y encomiar los merecimientos de otros.

Si en los artículos "Para la Historia" no hacemos referencia de los importantes servicios que el Sr. General Caravedo y otros han prestado en el curso de la campaña, y de otras muchas cosas interesantes, no ha sido con el intento de oscurecerlos; nos ha detenido el temor de no hacerlo dignamente, y por esto es que solo nos hemos ceñido á patentizar que no al génio, pericia militar y esfuerzos del Libertador es debido el triunfo de los pueblos, y nunca la historia de la campaña del año 54, ménos la del General Castillo, al que ni siquiera habríamos mencionado, si nos hubiera sido posible expresar de otro modo nuestras ideas. El que aventure esta empresa traerá en cuenta dichos partes oficiales; pero le advertimos que el combate de Pachacayo no fué obra del General Castillo, otro tomó su nombre sin consentimiento suyo (*). Hallábase en el Cerro cuando lo vió en letra de molde.

Desconocida, pues, la única inexactitud que notan los "Imparciales" en los artículos "Para la Historia," réstanos solo agregar que es de todo punto falso que el General Castillo haya mandado al capitán Lanao con su compañía á provocar un ataque en Pachachaca: á un oficial de caballería fué al que mandó con algunos soldados á hacer un re-

(*) Obra del Dr. Ureta.

conocimiento, y él en persona el de las alturas, y á su regreso fué cuando se vió con el GRAN LIBERTADOR.

Heraldo núm. 471

PARA LA HISTORIA.

LOS GENERALES CASTILLA Y CASTILLO.

IV.

Contestamos á las preguntas que se ha servido dirigirnos el Sr. General Castillo, diciéndole que basta á nuestro propósito que haya confesado que fué otro jefe, y no él, quien tomó la division Frisancho en Huancayo.

Como el General Caravedo tuvo instrucciones del Presidente de perseguir aquella tropa hasta el punto en que se encontrase, la órden que dice haberle dado el Jefe de E. M. importa para el efecto tanto como nada. En obsequio á la exactitud de los hechos, rectificaremos un error de fecha en que incurrimos en nuestro artículo; la toma de la fuerza no se verificó ni el dia 24, como lo asegura el Sr. General Castillo, ni el 25, como lo digimos nosotros, sino el 27 á las siete de la noche.

La *inexactitud* que apuntamos en el anterior escrito, no es la única que hemos notado en los artículos para la historia; citamos aquella porque se nos ocurrió primero, y muy fácil, aunque larga tarea, sería hacer la relacion de todas las *inexactitudes*.

Es de *todo punto cierto* que el capitán Lanao fué mandado con su compañía á provocar al enemigo

á Pachachaca ; así lo expuso el mismo capitán cuando por medio de diferentes ayudantes se le hizo regresar al sitio donde estaba el Libertador. El capitán Lanao y esos ayudantes viven, y todos ellos pueden testificar la *exactitud* de nuestro aserto.

Por lo que respecta á la defensa que en el “Comercio” de anoche se hace del *Hombre de la actualidad*, por el escritor *histórico*, que no escribe para la historia, esperamos que concluya para hacerle ver quienes son los que profesan la lógica de los *nécios*, y el modo de raciocinar de los aduladores.

Heraldo núm. 472.

PARA LA HISTORIA. (*)

LOS GENERALES CASTILLA Y CASTILLO.

V.

Los imparciales (como se llama el autor del artículo de cuya contestación nos ocupamos) no solo califican el exámen que hemos hecho de la relación del General Castillo, como inexacta, sino que nos atribuyen también la intención manifiesta de *culminar* al ex-Jefe de E. M. Afortunadamente somos hombres que descansando en el testimonio de nuestra conciencia, y procediendo siempre conforme á nuestras convicciones, no nos arredran ni nos inquietan jamás las injurias que por la prensa se nos dirigen ; porque de la prensa juzga la opinión, y como la misma prensa proporciona un medio expedito para la manifestación de la verdad, confiamos en que la simple exposición de las razones que apo-

yan nuestros dichos, cualquiera que sea su género, basta para que se nos haga justicia. Nada, pues, tememos cuando se tuercen nuestras palabras, ó se nos atribuyen fines que no nos hemos propuesto, desde que juzgamos tener la verdad de nuestro lado.

Entremos ya en la franca y clara exposicion de los motivos que nos autorizaron á juzgar tan severamente al General D. Fermin del Castillo, á consecuencia de su conducta en Morococha.

“Las intenciones de traicion (dice el articulista) “que se atribuyen al General Castillo son tan calamitosas como torpes. Ellas nacen de un rencor mal disimulado é indigno de un pecho donde “haya una pizca de dignidad y de hidalguía.”

Establezcamos primero los antecedentes, para juzgar con la posible exactitud en asunto tan delicado de suyo, y tan difícil de ser plenamente probado.

Segun el mismo articulista, el General Castillo que *cubrió el movimiento* de Pachachaca á Morococha, se quedó, *sin órden alguna*, á retaguardia, como á una legua de distancia. Resultan de aquí dos hechos: 1.º que D. Fermin *cubria el movimiento* del ejército popular en circunstancias de que este marchaba teniendo el enemigo al frente: 2.º que *sin órden alguna* se quedó á retaguardia como á una legua de distancia.

Dice igualmente el articulista que: llegado el General Castilla *al sitio donde creia encontrar* la vanguardia, se halló sin ella, pues el General Castillo la habia trasladado á unos cerros fronteros, donde esperaba al enemigo deseoso de batirse;—y que observando, *con razon*, el Libertador que la tropa estaba mal situada, y no estando con ella el General Castillo, le hizo llamar á toque de corneta, siendo entónces cuando ocurrió el cambio de invectivas entre ámbos Generales. Dedúcese de estos hechos:

1.º que aunque D. Fermin se quedó á una legua de distancia, sin órden del General en Jefe, este por otros conductos sabia el lugar que la vanguardia ocupaba : 2.º que el Libertador al llegar á este sitio se halló sin ella, porque D. Fermin (tambien sin órden alguna) se habia trasladado á unos cerros fronteros : 3.º que el Jefe de E. M., deseoso de batar al enemigo con *sola* la vanguardia, le esperaba resuelto en una mala posicion, todo *sin mandato* del General en Jefe, *ni habérselo comunicado siquiera* : 4.º que cuando el Libertador llegó, el General Castillo se habia ausentado, ignorándose su paradero hasta el punto de hacerle llamar á toque de corneta ; y 5.º que el Jefe de E. M. se insubordinó contra su General en Jefe, dirigiendole invectivas é insultos.

Agréguense á todas estas circunstancias la de que el grueso del ejército popular descansaba seguro de que el Jefe de la vanguardia cumpliera su deber, é ignorante de las verdaderas operaciones de este,—y quedará completo el cuadro de antecedentes que nos autorizó á calificar la conducta del General Castillo como una *traicion*.

Y efectivamente, como no ha sido dada á los hombres la facultad de penetrar las buenas ó malas intenciones, la razon concibe que el solo modo de conocerlo es el detenido y *tranquilo* exámen de los hechos. Se prueba que un hombre mató á otro, y á no ser que á la vez se manifieste haber sido la muerte un acontecimiento fortuito ó casual, el hombre juez tiene que condenar al matador como homicida *voluntario*, por mucho que este repita “le mate *sin intencion* de matarle.” Pues bien, como es aun mas difícil probar la *traicion intencionada*, por la misma naturaleza del crimen, la sociedad y la razon exigen menor número de hechos para consi-

derar calificada la intencion. A Marmont no se le probó su crimen; y sin embargo, el mundo entero ha colocado delante de su nombre el horrible epitafio de *traidor*. En la última revolucion italiana el rey del Piamonte fusiló como á traidor á un General encargado del mando de la vanguardia por una falta mas disculpable, por cierto, que cualesquiera de las que confiesa el General Castillo. Y, finalmente, toda la historia militar está llena de hechos de este género. No sin motivo se ha llamado, pues, á la carrera militar, la carrera del honor, porque el soldado ha menester de una delicadeza, puntualidad y exactitud tales, que la mas ligera mancha es un borron. Por traidor se ha calificado no solamente al militar que se pasa á las filas del enemigo, sino hasta al que desobedeciendo á su General ha peleado y muerto en el campo de batalla; porque positivamente, no solo se traiciona pasándose, sino tambien desconcertando voluntariamente un plan, con la desobediencia á su Jefe.

Segun esto, ¿qué diremos del General Castillo, que en Morococha se quedó á retaguardia *sin órden alguna*, se movió del sitio que la vanguardia ocupaba, del mismo modo, y sin dar siquiera un aviso prévio, se resolvió á batir al enemigo con sola su division, se separó de la tropa despues de haberla colocado mal, y últimamente se insubordinó en presencia de ella contra su General en Jefe? ¿Qué habremos de decir de un hombre que procedia así cuando el resto del ejército descansaba bajo la fé de hallarse guardado por la vanguardia, y cuando todo esto sucedia teniendo al enemigo al frente?—Contéstesenos con arreglo á los principios que proclama el arte de la guerra, y á las reglas que observa el mundo entero para la calificacion de esta clase de acciones.

Protestando nosotros altamente contra el espíritu calumnioso que se nos imputa, creemos de la mejor buena fé que los hechos consumados en Morococha por el General Castillo, inducen fundadas sospechas de traicion, si no á la causa (lo que es difícil) por lo ménos á la confianza del Jefe que los pueblos colocaron á la cabeza de la revolucion.

Parece, pues, que nos hemos explicado lo bastante para dejarnos comprender por el articulista que motiva este escrito, y para que la opinion pública juzgue si en el exámen que hemos hecho de la relacion del General Castillo, nos ha dirigido otro móvil que la verdad, y si nos hemos separado un punto de las reglas generalmente admitidas para conocerla.

Comercio núm. 4955

PARA LA HISTORIA.

LOS GENERALES CASTILLA Y CASTILLO.

VI.

Los artículos publicados en el "Comercio" de estos dos últimos dias, nos ponen en la necesidad de ocuparnos de algunos hechos del General Castilla, durante la campaña del 54, con mas detencion de lo que hubieramos deseado.

Antes de entrar en materia, diremos al apologista del General Castilla, que si sus escritos no han tenido mas objeto que defender á su *héroe*, sin que los hechos que en su defensa apunta puedan servir de datos históricos, á la inexactitud de esos hechos, revestidos con el ropaje mas conveniente al

hombre en cuyo obsequio se disfrazan, se une la inutilidad del trabajo ; los sucesos de la revolucion son harto conocidos ; todo el Perú ha sido testigo de ellos, y ha asignado á cada uno de los hombres la parte legítima que le corresponde. *Nuestros hombres jamas se levantan á esa altura*, ha dicho el defensor del General Castilla, *son hombres de actualidad*. ¿Y es posible que se diga semejante cosa de un general á quien sus mismos aduladores han titulado el *único hombre del Perú*, el génio de la revolucion, el primer capitan de la América, el digno competidor, en glorias militares, de Bolívar y Napoleon?

Nosotros insistimos, refiriéndonos al imparcial testimonio de todos los que han militado bajo las órdenes del Libertador, y de todos los que sean capaces de apreciar sus conocimientos militares, en que no es, ni puede llamársele *buen capitan*. En su carrera oscura, y hecha en medio de incesantes revoluciones, cuyo desenlace jamas fué debido sino á traiciones y á hechos que no estuvieron nunca al alcance de la prevision humana, él, como la mayoría de nuestros generales, ignorantes en la parte científica del arte de la guerra, ha sido el *héroe* por la fuerza de las circunstancias. Si el apologista del General Castilla lo ha tratado con la frecuencia que debemos suponer, si ha recibido de su boca los datos necesarios para redactar sus escritos, díganos de buena fé si cree que en el cerebro del Libertador hay ó puede haber un sistema, si pueden haber principios fijos, nacidos de sus reflexiones propias y de sus conocimientos adquiridos. Por mas que se califique de absurda nuestra lógica : por mucha que sea nuestra necesidad é ignorancia, no por eso es ménos cierto que el General Castilla ocuparia un lugar en el catálogo de las mas tristes y oscuras ce-

lebridades, sin el ciego favor de la fortuna, que así se empeña á veces en elevar al ménos meritorio, como en deprimir al que en sí tiene títulos suficientes para alcanzar la gloria.

Así como el elemento de la política del General Castilla fué siempre la perfidia: así como en medio de su imponderable fatuidad abriga la ridícula creencia, digna solo de menguados corazones y de limitadas inteligencias, de que en las empresas que dirige débense á él solo los buenos resultados, así tambien alimenta la persuacion de que sus erróneas disposiciones son el fruto de maduros acuerdos. Pero baste decir que casi siempre á la vista de un peligro, cierto ó imaginario, acepta para su salvacion el parecer ajeno y acoje la idea que se le ministra, aunque para realizarla cometa los mayores desaciertos. Entónces, si el resultado coronó, no sus previsiones, porque ni las tiene ni puede tenerlas, sino su deseo de verse salvo, la vanidad sustituye al miedo, la arrogancia á la humillacion; y el que ántes pidiera ajena ayuda para salvar de una crisis á que lo condujo su impericia, se presenta como el hombre de los vastos planes y de los grandes fines. ¿Cuando el General Castilla trazó de palabra ó por escrito, no solo un plan de operaciones ó de ataque, sino un mero itinerario, en el cual se ocupase de los accidentes posibles, y de los probables resultados? Jamas. Ni ¿como pudiera hacerlo quien no ha recibido otras lecciones, ni tiene otras ideas del arte militar, sino las que producen los misteriosos trabajos de conspiracion que han absorbido la mayor parte de sus años?

Es preciso que no sea peruano quien ha trazado los cuadros encomiásticos de la vida militar del Libertador; es preciso que no tenga verguenza para esponerse á la amarga crítica y á la fundada censu-

ra de los que intenten deducir cual sea la importancia de nuestros generales y demas guerreros, tomando por término de comparacion al general Castilla á quien se presenta como el primero entre todos. Sin embargo, sin ocuparnos del individuo, principiaremos en el siguiente artículo la relacion de los hechos, refiriéndolos con mas imparcialidad que los que han pretendido aparecer en ellos como los únicos corifeos de la causa revolucionaria, y que con el objeto de hacer sobresalir su mérito individual, han hecho el triste papel de ser los *bardos de sus propias glorias*.

Heraldo núm. 473.

PARA LA HISTORIA. (*)

LOS GENERALES CASTILLA Y CASTILLO.

VII.

A consecuencia de los artículos que hemos publica en contestacion al que registró el "Heraldo" de 1.º del presente, el autor de este se manifiesta decidido á ocuparse de los hechos consumados por el General Castilla durante la campaña de 1834, con el objeto de sostener su opinion, tal como fué emitida en el primer escrito. Así lo expresa en el "Heraldo" de ayer, por medio de un artículo que puede considerarse como el prólogo de la relacion que ofrece, puesto que aun no se ha permitido ocuparse sino de generalidades que en manera alguna importan el cumplimiento de su propósito. No obstante, y como en esas generalidades por via de prólogo, se sigue el mismo sistema de dañar la reputa-

ción del Presidente, sin mas fundamento que el *mero dicho* del que se titula *imparcial*; y como por ellas se tuercen tambien nuestras palabras—creemos conveniente advertirlo á nuestro adversario, para que (si lo tiene á bien, y es guiado por algun sentimiento caballeroso) reduzca la cuestion á sus verdaderos límites.

Con la franqueza que nos caracteriza, dijimos que—*ni habiamos juzgado digna de la historia la relacion del General Castillo, ni á la historia habiamos dedicado nuestras observaciones*. Esta expresion clara y de fácil inteligencia para todo el que de buena fé quisiese comprendernos, ha sido torcida por el imparcial en su artículo de ayer. Dice, en efecto, que “si nuestros escritos no han tenido mas objeto “que defender al General Castilla, sin que los hechos que en nuestra defensa apuntamos, puedan “servir de datos históricos, á la inexactitud de estos hechos, revestidos con el ropage mas conveniente al hombre en cuyo obsequio se disfrazan, “se une la inutilidad del trabajo.”

Hé aquí, pues, un embolismo de palabras maliciosamente confundidas para presentarnos inconsecuentes y hasta torpes. Decir que *á la historia no hemos dedicado nuestros trabajos*, no vale, en verdad, lo mismo que consentir en la inexactitud de los hechos que hemos tenido ocasion de relatar en el curso de nuestras observaciones, ni tampoco considerarlos incapaces de servir como datos históricos. Cosas muy distintas son escribir, dedicando el trabajo expresamente á la historia, ó escribir sin tal dedicatoria. En el primer caso, el objeto principal del escrito no es la actualidad sino el porvenir: en el segundo, su fin esencial es el presente, sin que por esto deje de estar bajo el dominio de los tiempos que han de sucederse, que se servirán de él

ó lo rechazarán segun sea útil ó insignificante. Mas claro, en los escritos que se dedican á la historia, lo principal es el porvenir, lo accesorio el presente; y en los que carezcan de esa dedicatoria es al contrario. Mas *la verdad* es tan precisa en unos como en otros. Como se ve, nuestras palabras no tienen ni pueden tener jamas la significacion que *el imparcial* ha querido darles.

Odiando, como de corazon odiamos, todo lo que tenga algun carácter de adulacion, dijimos igualmente: *nuestros hombres jamas se levantan á esta altura* (á la de dirigirse especialmente á adquirir un renombre en la historia) *son hombres de la actualidad*; y aun esto ha merecido la censura severa del *imparcial*. “¿Es posible, exclama, que se diga semejante cosa de un hombre, á quien sus mismos aduladores, han titulado *el único hombre del Perú*, el génio de la revolucion, el primer capitan de la América, el digno competidor, en glorias militares, de Bolivar y Napoleon?” Pues bien debe notar el señor *imparcial* que los que han dicho generalmente: *nuestros hombres jamas se levantan á esta altura*, no son del número de esos aduladores, y dicen siempre la verdad, pese á quien pesare:—que nunca han dirigido al General Castilla esas palabras que cita: que si en sus escritos han hablado de glorias militares, y referídose á Napoleon, no ha sido sino porque como la cuestion sostenida fué militar, preciso era hablar de los grandes capitanes, y de los principios que dejaron establecidos en el arte de la guerra, lo que no significa que hayamos puesto al General Castilla en paralelo con Bolivar y Napoleon. Para sobresalir en el Perú como militar, no se necesita ciertamente ser un Federico, basta ser un Castilla; tal es la conviccion que nos ha hecho adquirir el exámen *tranquilo* de los hechos, y el conocimiento de nuestro país.

Pasemos á la parte que toca al Presidente.

Dice el *imparcial* que es oscura la carrera militar del General Castilla, y hecha en medio de incessantes revoluciones, cuyo favorable desenlace fué debido á traiciones y á su fortuna. ¡Vergüenza nos da ya ocuparnos en contestar cargos tan fátuos como ridículos!—*¡La fortuna!*—¿Qué cosa es la fortuna, y mas todavía la fortuna tenaz, en favorecer á un individuo?—*La fortuna*, para el buen sentido, no es mas que una palabra que inventó la envidia para deprimir el verdadero mérito, y de que se sirven los necios, incapaces de penetrar la esencia de las cosas, para detenerse á la simple vista de los acontecimientos,—es el límite natural de las inteligencias menguadas en unos, y el arma que mas fácilmente se presta á la detraction en otros. ¿Como influiria, pues, en la realizacion de los hechos una palabra de suyo insignificante? ¿Podrá convenirse una persona, que tenga siquiera mediano sentido comun, que las constantes victorias de un General son debidas, no á sus talentos militares, sino á esa que han querido denominar fortuna? Repetimos que, para nosotros, es la explicacion relativa á la fortuna, una necedad muy ridícula.

Llámase *oscura* la carrera del Libertador, y no comprendemos qué ha querido expresarse con esas palabras, á las que se agrega inmediatamente que fué hecha en medio de incessantes revoluciones. Si, pues, fué así, nunca pudo haber sido *oscura*. Mas, ¿de qué genero son esas revoluciones á que se refiere el *imparcial*, y esas traiciones de que tambien habla? Le suplicamos tenga la bondad de referir los hechos en que se apoye, pues de otro modo, aparecerá como un difamador por instinto únicamente.

Lo mismo le decimos respecto á la parte en que expresa que el elemento de la política del General

Castilla fué siempre la *perfidia*, y que es incapaz de concebir un plan de operaciones ó de ataque, pues en cuanto á lo del *miedo y humillacion*, bien podemos tornarle sus propias expresiones, de que *es preciso que no sea peruano*, ó ignore completamente la historia de nuestro país, para haber podido aplicar esas palabras al General Castilla, cuyo valor y arrogante dignidad son de todo punto incuestionables.

En conclusion recordaremos al *imparcial* que sobre dos puntos rueda la polémica actual: 1.º si el General Castilla concibió el movimiento de Moya, de suerte que pueda considerarse como una gloria militar; y 2.º si cuando calificamos de traicion la conducta del General Castillo en Morococha, tuvimos ó no razon bastante para ello. Estos son los límites de la cuestion, y lo repetimos por si juzga conveniente el escritor no salir de ellos, ni vagar en generalidades insignificantes y fuera de propósito.

Comercio 4957.

PARA LA HISTORIA.

LOS GENERALES CASTILLA Y CASTILLO.

VIII.

Reputábamos al defensor del General Castilla un mero narrador de los sucesos heróicos de este personaje, bien segun los datos que de él mismo recibiera, ó bien refiriéndolos conforme á sus propios conocimientos, presentándolos, empero, de la manera mas á propósito para hacer del Libertador lo que Dios no tuvo á bien hacer. Ahora tocamos otro

convencimiento, y es el de que el tal escritor, harto inconsecuente con sus propias ideas, emite hoy la que mañana combate, aunque para ello tenga que incurrir en confusiones y juego de voces. Para hacer resaltar esas inconsecuencias, para que no se nos imputen alteraciones capciosas del sentido de las frases—para que no se diga que *torcemos las expresiones claras*, y que usamos *embolismo de palabras maliciosamente confundidas*, vamos á copiar al escritor, textualmente, algunos trozos de sus artículos.—

“Conocieron los que estos escriben el objeto que manifestamente envolvian los escritos dedicados á la historia por el General Castillo, é informados de la verdad de los hechos que este tomara á su cargo, resolvieron emprender el exámen referido, sin abrigar jamas la pretension de relegarlo á la historia, á semejanza del ex-Jefe de E. M. G. *Para nosotros, pues, la cuestion no ha tenido ni podido tener otro carácter que el de la actualidad, ni mas interes que el de las circunstancias.* Desopinar al Jefe del Poder Ejecutivo, arrebatarle sus glorias, negarle sus merecimientos como cabeza de la revolucion, y pintarlo con—los mas desfavorables colores, todo para difamarlo injustamente *ahora*.—Hé aquí el objeto real que el General Castillo ha tratado de cumplir. Y á nuestro modo de ver, yerra torpemente cualquiera que pretendiese dar otra importancia á los escritos del General Castillo. Bueno está que él oculte su verdadero fin, bajo el epígrafe que ha elegido, porque para presentar al público un pernicioso escrito, y para que este no sea rechazado con indignacion, es siempre bueno cubrirlo con una aparente sanidad. *Pero no se quiera deducir de aquí que la cuestion promovida por D. Fermin del Castillo tenga por objeto proporcionar datos para la his-*

toria. Por desgracia nuestros hombres jamas se levantan á esta altura, son únicamente hombres de la actualidad, no alcanzan sino lo que está muy cerca de ellos, ni tienen otra aspiracion que la de proporcionarse un presente favorable. Esta es la verdad, y la que expresaremos siempre, sean quienes fueren los individuos á quienes ella alcance."

Parece que nosotros no hemos dado á estas palabras diferente interpretacion á la que les daría el hombre mas escrupuloso. De ellas se deduce que en nuestro país no hay hombres que se eleven á tal altura, que merezcan que sus hechos se consignen en la historia: que son *hombres de actualidad*, aunque á la verdad no encontramos como entender *derechamente esta frase*; todos los hombres son de actualidad, todos son de la época en que viven; no hay hombres de *anterioridad* ni de *posterioridad*; lo que sobrevive al hombre que, en su *actualidad* sobresale entre sus contemporáneos, es su nombre, sus hechos y sus glorias. Poca honra hace el escritor al hombre, cuyas proezas ensalza tan apasionadamente, al decir que él, como todos los nuestros, no aspiran sino á un *presente favorable*. Por desgracia esta es una indisputable verdad. Es *presente favorable* el que se disfruta, cuando por cualquier medio lícito ó ilícito, se alcanzan poder y riquezas; pero estos *presentes* jamas fueron esos *gloriosos presentes*, que aseguran *gloriosos* recuerdos, ni un título de gloria que produzca la admiracion ó respeto á las generaciones venideras.

Nosotros, conviniendo con el escritor en la exactitud de su proposicion, y tomándola por base de nuestro discurso, nos expresamos en los términos que ha calificado de *embolismo de palabras maliciosamente confundidas*.

Nos permitirá el defensor decirle, que nunca nos

hemos atrevido á asegurar que, por ser inútil su trabajo, consentia en la inexactitud de los hechos. ¿Ni como suponer ese consentimiento, cuando lo vemos tan empeñado en hacerlo aparecer como de indisputable verdad, aun contra la conciencia de casi todo el Perú, testigos de ellos? Nuestra idea ha sido solo decir que si su trabajo se limitaba á narrar hechos de la *actualidad*, y solo para los hombres de la *actualidad*, ese trabajo era inútil, así como eran inexactos los hechos. Tal vez hemos emitido el pensamiento con oscuridad, cosa muy natural en escritores que no hemos alcanzado la perfeccion y correccion de lenguaje que nuestro *ilustre adversario*.

Poco inclinados estamos, por otra parte, á aprovechar la leccion que se nos quiere dar sobre la diferencia que existe en *dedicar* ó no los escritos á la historia. Una relacion de acontecimientos, cualquiera que sea su objeto, y cualquiera que sea la intencion del narrador, es del dominio de la historia, ó mejor dicho es la misma historia; del conjunto de esas relaciones, de la acumulacion de episodios, se forma el cuerpo que hace la completa historia de un hombre, ó de una Nacion, ó de una época. Todo escrito pertenece á la actualidad, como pertenece al porvenir; y no sabemos como calificar, si no es de inaudito despropósito, *que lo principal de los escritos que se dedican á la historia sea el porvenir*. No comprendemos esa idea, porque no haremos al que la concibió, la injuria de suponerlo capaz de establecer el absurdo de que la historia debe ocuparse de hechos del porvenir, esto es, de los no sucedidos, de las predicciones y profecias. Tan extraña es para nosotros esa proposicion, como la de que: *lo accesorio, en la historia, es lo presente*.

Si la historia es de hechos antiguos, no tenemos

inconveniente en aceptar el principio ; si es de sucesos futuros ó *historia de profetas*, lo aceptamos igualmente ; pero si es contemporánea ó de hechos de la *actualidad*, lo pasado y lo futuro son tan insignificantes como los gloriosos títulos del Libertador. ¿Como hubiera conocido el escritor los hechos que constituyen la historia militar antigua y moderna, en qué parece tan instruido, si alguno no los hubiera consignado en la época que ocurrieron ó algo despues? ¿Qué hace Thiers refiriendo los sucesos de la Francia, al mismo tiempo que se van desenvolviendo, y contando la parte que en ellos toman los hombres de la actualidad? ¿Qué han hecho todos los historiadores? Ocuparse de las cosas y personas de sus *actualidades respectivas*.

No entendemos tampoco de qué clase sea esa dedicatoria, *sine qua non*, un escrito no puede considerarse como histórico. ¿Será preciso que al frente de una necrologia se diga que se dedica á la historia, para que de los hechos que ella encierra, y que son la historia de la vida de uno que murió, se pueda hacer mérito cuando se escriba la historia detallada del mismo hombre?

Ridículo nos parece en demasia decir que se escribe para un dia y para un pueblo, cuando ese pueblo ha sido actor, ó cuando ménos, testigo en los sucesos de ese dia.

Pero nos dirá el escritor, no historiador, que nosotros terjiversemos sus palabras, y que para refutar sus extrañas teorías usamos de embolismos ; pero en verdad, aunque hayamos empleado en la refutacion principios harto conocidos y vulgares, sus *embolismadas* doctrinas nos han conducido á perder el tiempo en demostrarle que no pecan sus escritos por exceso de claridad y sensatez.

Si no ha sido el defensor de hoy el que en otra

polémica sobre el mérito del General Castilla aceptó el cargo de engalanarlo con cuanto honroso dictado le sujiriera su *florida* imaginacion, no por eso es ménos cierto que entónces se llamó al Libertador primer capitán de la América, César, Alejandro, Napoleon y Bolívar, llegando el entusiásino de la defensa hasta titularlo *hombre de fierro*.

Si el actual defensor no ha incurrido en esta exageracion, ha caído en otras de no menor magnitud, al pintarlo como el hombre de un tino militar y de unos conocimientos tales, que jamas un resultado ha dejado de corresponder á su intencion; al suponerlo capaz de vastos planes y de grandes fines, ha hecho á su héroe la adulacion mas grande de todas las posibles; y al considerar que para sobresalir en el Perú como militar basta ser un *Castilla*, si es cierto que tal injuria al Perú y á sus militares es el resultado de una conviccion, esta no ha podido ser engendrada por el *exámen tranquilo de los hechos*, sino por la *percepcion* precipitada de la mensualidad que el escritor recibe en premio de no examinar esos hechos, sino de aceptarlos como verdades, aunque salgan de unos labios que hace tiempo no saben pronunciarlas.

Dejaremos por ahora la cuestion de—si ha sido la *fortuna*, ó la ciencia y valor del General Castilla el origen de sus altas glorias; no pondremos hoy al púdico defensor en el caso de avergonzarse para definir la fortuna y probar su inexistencia; mas tarde al hacer la refutacion de los hechos, le haremos confesar que la fortuna existe, y que si no es un ente material, como no lo es la desgracia, jamas la negarán los hombres. Lo único que siempre se ha dicho, á propósito de ella, es que es algo inconstante y veleidosa. ¡Ay del dia que se canse de dispensar sus favores al Alejandro del Perú!

Para probar que la carrera del Libertador es *oscura*, para probar que ha llegado al poder por medio de incesantes conspiraciones, encargamos al defensor que lea un manifiesto publicado por el mismo Libertador el año de 1833, en Chile, (*) en que declara que no ha habido plan de revolucion en el Perú, en el que él no haya tomado parte; para probar que siempre fué la perfidia la base de su política, nos remitimos á los acuerdos que en su casa se celebraron en el año 53, (***) á los que concurrían los Sres. Ureta y Tordoya, y á los manejos empleados en las elecciones de 1850; recurrimos al testimonio de todos los Jefes de Departamento de aquella época, que recibían en todos los correos correspondencia oficial en sentido opuesto y contradictorio á la correspondencia privada; nos referimos, en fin, á todos los que han sido sus ministros.

Que á la presencia del peligro pierde su arrogancia y se humilla; que se abate y sale de tino; que es incapaz de dar una orden en los casos del conflicto; que en los momentos decisivos deja el éxito abandonado á la exclusiva accion de sus tenientes, lo demostraremos en el curso de nuestros escritos.

En conclusion, y para no *vagar en generalidades insignificantes*, entraremos en la cuestion, protestando no hacer caso de las nuevas teorías que nos revele el defensor sobre el carácter de los escritos históricos y no históricos; dejamos al General Castilla, cuya defensa no hemos aceptado, que se vindique, si gusta, de las acusaciones de *traidor pre-*

(*) El Libertador estaba preso en el hospital militar por conspirador: de allí fugó con la ayuda del Dr. D. Nicolas Factor Guzman, y se fué a Chile, en donde publicó el manifiesto á que aludimos.

(**) Estos acuerdos se hicieron con la señora esposa del General Vivanco, debiendo participarse á este el resultado por conducto del Sr. Tordoya. En estos arreglos revolucionarios entraban como base que el General Castilla trabajaria en favor del General Vivanco.

sunto; y fijando los límites de la cuestion, probaremos: 1.º Que el General Castilla no concibió el movimiento de Moya, y que no obtuvo al realizarlo, mas gloria militar, que haberlo echado á perder, y haber expuesto el éxito de la campaña que dirigia.—2.º Que si ha habido razon para acusar de traidor al General Castillo en Morococho, hay muchas mas razones para juzgar traidor al General Castilla en la Oroya y en Miraflores.

Heraldo núm. 475.

PARA LA HISTORIA. (*)

LOS GENERALES CASTILLA Y CASTILLO.

IX.

El artículo publicado en el "Heraldo" de anoche con este título, manifiesta que el *tercero dirimente* de la larga cuestion que hemos sostenido con el General Castillo, está resuelto á continuar sus tareas en guarda de su opinion *imparcial*. Sea en buena hora, ya que tan empeñoso se presenta por sostener la infalibilidad de su juicio: nosotros, aunque cansados por la monotonía y carácter desagradable de tan larga polémica, nos resolvemos tambien á sostener nuestros dichos en la *terceria* del señor *imparcial*.

Empezaremos por advertir que el acápite de nuestros escritos que se ha tenido á bien copiar en el artículo de anoche, no dice contradiccion alguna con las ideas que hemos emitido ántes y despues de haberlo publicado, para que podamos merecer la tacha de inconsecuentes y confusos, con que se nos re-

gala gratuitamente, desde que no se hace ostensible la inconsecuencia y confusion en que se supone haber nosotros incurrido. Muy claro y terminante por demas está el acápite que se reproduce, para que nos juzguemos en el caso de darle explicaciones que no ha menester. “Para nosotros (dijimos entónces) la cuestion no ha tenido ni podido tener otro carácter que el de la actualidad, ni mas intereses que el de las circunstancias.”—¿Qué significan estas expresiones?—Demasiado explícitas son por su naturaleza: significan que aunque D. Fermin dedicó á la historia su relacion, no fué su principal objeto que el historiador, *cuando hubiese de escribir* la historia de nuestro país, se sirviese de ella, no: D. Fermin queria—“desopinar al Presidente, arrebatarle sus glorias, negarle sus merecimientos como cabeza de la revolucion, y pintarlo con los mas desfavorables colores para difamarlo injustamente *ahora.*” Este era el verdadero y único objeto que el General Castillo quiso cubrir con el epígrafe “Para la Historia,” objeto de suyo *actual*, y que en la *actualidad* debiera llevarse á cabo de una manera completa y absoluta. Dedicar un escrito á la historia, comprendemos que vale lo mismo que decir—“se recomienda *especialmente* al historiador para cuando este haya de escribir la historia de los acontecimientos de que el escrito se ocupa;” porque la historia no es una persona que admite ó rechaza lo que se le recomienda: es la relacion que *un individuo* hace, de suerte que reuna todos los requisitos necesarios para merecerle ese nombre. Deducir de aquí que aunque la historia puede referir acontecimientos que acaban de pasar, sin embargo, entre el tiempo en que se le dedican algunos hechos, y aquel en que la historia haya de relatarlos, debe trascurrir tambien un espacio de tiem-

po, y por consiguiente, hemos tenido razon cuando señalamos el *porvenir* como fin principal de los escritos dedicados á la historia ; porque publicándose en la actualidad, el historiador que haya de ocuparse de ellos no puede sino venir despues.

Mas nuestro adversario incurre en una equivocacion, que es la causa por que juzga nuestras palabras como *inaudito despropósito*. Cree que los escritos dedicados á la historia son la historia misma, y tal creencia, no diremos que es un despropósito, pero sí una equivocacion gravísima. El imparcial sabrá que la historia no es la simple relacion de los acontecimientos, sino esa relacion acompañada de muchas otras circunstancias. Cualquiera puede referir bien ó mal los acontecimientos ; pero cualquiera no puede ser un historiador. Por esto, y cuando el individuo se considera incapaz para escribir una historia, escribe apuntamientos ó relaciones y las consigna al historiador, recomendándoselas de una manera especial.

Tampoco quiere decir esto que el historiador no debe procurarse mas elementos para su trabajo que los que se le dedican, no : deberá buscarlos en todo lo que alguna relacion tenga con la época cuya historia va á escribir ; pero es muy natural que se fije mas detenidamente en aquellos que le fueron dedicados.

Basta para manifestar al imparcial que no hemos hablado *despropósitos inauditos*.

En cuanto á la carrera *oscura* del Libertador, parece que el *imparcial* no nos ha comprendido. Por *oscuro* entendemos lo que carece de luz, y aplicado este epíteto á una carrera, quiere decir que la carrera *no es conocida*. Luego mal puede llamarse carrera *oscura* la que ha sido hecha en medio de constantes revoluciones, como se ha expresado para pro-

bar de ese modo la *oscura carrera* del General Castilla. Mas, pasando por sobre esta segunda equivocacion, es preciso notar que bajo ningun respecto importa una acriminacion al General Castilla el que hubiese figurado en las diversas revoluciones que ha habido en el Perú. Si el país, desde su independencia, ha ofrecido el deplorable espectáculo de revoluciones sucesivas, ¿qué partido debieron abrazar los buenos ciudadanos? Defender la buena causa, y esto es lo que siempre hizo el Libertador. El crimen habria estado mas bien en abandonar la suerte de la patria al capricho de desmesuradas pero innobles ambiciones.

La prueba que se aduce en pró de que la *perfidia* fué la base de la política del Presidente Provisorio, es tan ridícula que no vale la pena de ocuparse detenidamente en su contestacion.—“Los acuerdos que en su casa se celebraron en el año 53, á los que concurrieron los Sres. Ureta y Tordoya.”—¿Y cuales fueron esos acuerdos? ¿en qué consistian? Exprésese con mas franqueza el señor *imparcial*: aduzca hechos y no palabras sin mas apoyo que su dicho.

Por lo demas, el imparcial no hace sino ofrecer demostraciones, que esperamos ansiosos para juzgar del valor que tengan.

Comercio núm. 7160

1





PARA LA HISTORIA.

LOS GENERALES CASTILLA Y CASTILLO.

X.

Entre los actos extratécnicos de que ha hecho tanto mérito el General Castilla, para engalanarse con el timbre de único y hábil director de la campaña, ocupa el primer lugar el movimiento del ejército de Moya; pero la idea de este movimiento ni nació en la cabeza del Libertador, ni fué nunca, según las palabras de este mismo, bien comprendida por su Jefe de E. M. G.

El fué indicado por otro personaje que no estaba incorporado al ejército, y que hallándose en Agosto del 54 en una hacienda situada á 15 leguas de Pisco, conociendo la colocacion de los ejércitos beligerantes, escribió al Sr. Mar, á la sazón en Chile, emitiendo su parecer sobre la marcha que las tropas libertadoras debian emprender, para salir de la

violenta y complicada situacion en que se encontraban. Esta carta, que fué vista por el Sr. General D. Juan José Flores y por el Sr. D. Domingo Elias, existe en poder del Sr. Mar, á cuyo testimonio recurrimos, interpelando su honor y su veracidad, si se pretendiera negarnos este hecho.

El 15 del mismo mes, el Jefe iniciador de la idea, la comunicó de palabra al Libertador que se hallaba en Conaica con su ejército, haciendole entender al mismo tiempo, que su realizacion era tan atrevida como expuesta, pero que, bien ejecutado el movimiento, á mas de ser honroso para el *General en Jefe*, deberia necesariamente producir uno de tres resultados: *ocupacion de Lima—ocupacion del valle de Jauja—ó eleccion del campo para el combate*. El General Castilla convino con la bondad del plan, pero no volvió á hablar sobre él una palabra. Al cabo de mas de dos meses de completa inaccion, ordenó el Libertador la marcha, presentándola ya como una de sus propias combinaciones.

Aunque los buenos resultados de esa operacion militar dependiesen en mucho de la celeridad con que se ejecutara; aunque la distancia que debia vencerse fuera bastante corta, el General Castilla, incapaz entónces como siempre, de comprender la importancia del plan que intentaba realizar, empleó en la marcha cinco dias y una noche. Jamas se vió un ejército caminar en una confusion mas espantosa.

Poco cuida ciertamente el Libertador de que el ejército que él manda conserve el órden en sus marcha ni en ninguno de sus actos. Su antiguo sistema consiste en contemplar al soldado, no solo en cuanto tiende á minorarle las fatigas de la campaña, y á proporcionarle los recursos necesaric; su contemplacion, que relaja la disciplina y la subor-

dinacion, consiste en pasar, sin reprender, las faltas en el servicio, y tienen el innoble propósito de granjearse la adhesion de la tropa, para emplear con las altas clases del ejército esos arranques de su proverbial altanería y falta de civilidad. En prueba de la exactitud de este aserto, nos referimos á lo ocurrido en la Oroya con el Coronel Lacotera ; este Jefe castigó con un riendazo una gran falta de subordinacion cometida por un sarjento, quien se quejó al General Castilla ; y la suspension del Coronel se hubiera verificado por el mérito de semejante queja, sin la intervencion del General Caravedo.

Empleó el Libertador, como acabamos de decir, cerca de seis dias para verificar una marcha de 22 leguas, que son las que median entre Moya y Chacapalpa, la mayor parte de camino llano ; este movimiento bien ejecutado, consistia en describir una curva sobre el flanco derecho del ejército del General Echenique, curva que, á su fin, debia colocar ambos ejércitos á la distancia de tres ó cuatro leguas, haciendo ganar la vanguardia al Libertador. La demora habria trastornado completamente el éxito del plan, si la popularidad de la causa no hiciera que Echenique no hubiera tenido oportuna noticia de la marcha ; súpola dos ó tres dias despues de emprendida, así fué que el ejército Libertador no pudo tomar Pachachayo sino media hora ántes que el de Echenique, trabándose entre ámbos un lijero tiroteo.

Al tener Echenique oportuno conocimiento de la marcha, hubiera quizá salido á recibir á las tropas libertadoras á la pampa de Ingahuasi ; pero cuando lo supo, le bastaba dar un cuarto de conversion sobre su derecha, y hubiera encontrado al ejército en una larga línea y en completo desórden, pues

marchaba con dos inmensas colas, una á vanguardia y otra á retaguardia.

Un soldado de artillería volante, que habia abandonado su ejército para pasarse al Libertador, dió noticia de que el General Echenique, con la mayor parte de sus fuerzas estaba en Yocllapampa, y que regresaba á Jauja en fuga precipitada. Esta circunstancia que no hubiera, sin duda, sido desatendida por un General en Jefe que supiera sacar partido de las malas disposiciones del enemigo, no llamó la atención del Libertador. Nadie ignora que una fuga, y una fuga en desorden, es un elemento de triunfo para el enemigo arrojado. Pero se nos dirá que cualquiera nueva disposicion del Libertador era extraña á su *vasto plan*, y hacia desatender la consecucion de sus *grandes fines*. El plan esencial de un ejército en campaña, el que termina todos los planes y excusa la necesidad de cualesquiera otros, es la destruccion del enemigo; ante la posibilidad de lograr este gran fin, de un modo casi seguro, todas las demas operaciones son de un orden muy secundario: desperdiciar la ocasion de concluir la lucha y de terminar las penalidades de una campaña, fué en todo tiempo la idea dominante de todo gran capitán; pero no lo fué nunca del *gran capitán* del Perú, asombro de la América, y cuya posesion en nuestra afortunada República excita la envidia del mundo entero, segun sus entusiastas apologistas.

El General Castilla no tomó alguna medida para aprovechar de la fuga de su adversario: permaneció sin dictar ninguna resolucion hasta las nueve de la noche, hora en que el ejército empezó á moverse para Chacapalpa, á donde llegó el General Caravedo á la una de la mañana, el Libertador á las cinco, y el General Castillo al medio dia. Si-

guiendo el Libertador sus *altos planes* de perder el tiempo, y de desaprovechar las mas favorables oportunidades que le ofreciera la imprudencia ó el desacierto del enemigo, permaneció inactivo ese dia y el siguiente en Chacapalpa, á pesar de que por un oficial Oblitas, mandado por el General Frisanchó, que se habia extraviado y buscaba á su Presidente Echenique en el cuartel enemigo, se supo que el General Vigil con la caballería ocupaba la márgen derecha del rio de la Oroya, y el General Deustua con su division, la izquierda, miéntras que Echenique, con el grueso de su ejército, habia sido rechazado de Pachacayo, y el batallon núm. 9 se encontraba á retaguardia sobre Ingahuasi. El hombre mas desnudo de conocimientos militares, el que estuviese dotado de una parte de arrojo y valor de que en tan alto grado se supone poseido al Libertador, no hubiera desperdiciado la brillante ocasion de batir al enemigo en detal, y de destruirlo por partes, cuando por su anti-militar colocacion, estaba en imposibilidad de concentrarse y de hacer una formal y enérgica resistencia; y en especial cuando uno de los *grandes fines*, y, en efecto, el mas grande, que consistia en la ocupacion de Lima, era ya irrealizable, desde que la lentitud en las operaciones, la pérdida del tiempo, y el empleo de seis dias en andar veintidos leguas, habian destruido el objeto esencial del movimiento, que consistia en interponer el ejército libertador entre el de Echenique y la capital, quedando este con respecto á aquel, á la distancia que debia producir un adelanto en la marcha de tres ó cuatro dias; lo cual, como hemos dicho, no se verificó, porque el Libertador pudo llegar á Pachacayo media hora ántes que Echenique, y porque se perdieron, ademas, otros cuatro dias en caminar las siete leguas que median entre ese

punto y la Oroya, no siendo, por lo mismo, posible continuar el movimiento en direccion á Lima, cuando las tropas de Echenique estaban á la cola, y casi sobre las libertadoras.

Expuestas ya las causales que impidieron la consecucion del *gran fin* de ocupar la capital, y probado tambien que el movimiento de Moya no fué pensamiento del General Castilla, quien no tuvo en él mas parte que haber expuesto la suerte de su ejército, y desaprovechar las ocasiones de terminar la guerra, lo seguiremos en el curso de sus no ménos *acertadas* operaciones posteriores.

Heraldo núm. 476

XI.

Al moverse el Libertador de Chacalpapa para Huari, lugar distante solo dos leguas, supo por algunos espías, que el ejército de Echenique se habia concentrado en la hacienda nombrada Quishuarcancha, y que probablemente vendria á pasar el rio de la Oroya por el vado de Quiclla, á un cuarto de legua de Huari. La situacion de este lugar no podia ser mas inaparente para colocarse á tan corta distancia del enemigo, ni ménos para esperarlo en él; y sin embargo, el General Castilla pasó allí la noche. Al siguiente dia el General Castillo salió con una columna para Pachachaca, y el Libertador, con el grueso de su ejército, se dirijió á la Oroya, describiendo en su marcha un semicírculo de tres leguas, cuya parte convexa miraba hácia atras, es decir, para Jauja.

Estando el ejército en la Oroya se supo que Echenique empezaba á hacer pasar sus tropas por el lugar indicado, en donde sus tiradores, que marchaban á vanguardia, se batieron con las partidas que mandaban los Santa Marías.

Difícil seria describir el sitio donde, en tan apuradas circunstancias, se encontraba el ejército, y mucho mas difícil que se forme idea de él quien no lo haya visto. Evitar la pasada del ejército enemigo no era posible; lo era aun ménos presentar un combate en un lugar donde era de todo punto irrealizable la mas ligera maniobra; aun la de hacer desplegar una compañía. Aunque el puente de la Oroya no podia prestar servicio á las tropas de Echenique sino á las del Libertador, este lo hizo destruir y quemar la madera; la suerte del ejército parecia decidida, el menor ataque del enemigo lo hubiera hecho rendirse á discrecion sin poder intentar la menor resistencia; el Libertador se habia encerrado en un estrecho recinto, y privádose, por sí mismo, de los medios de salir de él. ¿Y cuales fueron las disposiciones que ese hábil y experto militar adoptó para salvarse, y salvar su tropa del inminente peligro en que, por la profundidad de su plan, la habia colocado? Respondan por nosotros desde el primer general hasta el último soldado de los que pusieron su suerte bajo las sabias decisiones de tan hábil director de la campaña.

¿Quien vino, pues, á salvar al Libertador de tan apurada situacion? No fueron, ni su valor ni su pericia. La *fortuna* y nada mas que la *fortuna*, mal que le pese al que niega su existencia. Una horrosa y desecha tempestad impidió al General Echenique hacer pasar el rio á todo su ejército; la copiosa lluvia y la densa oscuridad le hicieron naturalmente temer algunas desgracias y prefirió retirarse para Huari. Este acontecimiento providencial, favorable al Libertador mucho mas de lo que él mismo pensara, ¿entró acaso en su plan de operaciones? ¿Se propuso tal vez ponerse en un lugar donde la lucha y la fuga eran irrealizables, contan-

do con el poder de hacer descargar una tormenta en los instantes mismos en que su adversario podia destrozarlo sin esfuerzo? Si su salvacion no fué un efecto de la fortuna, explíquenosla por otro medio el apologista del Libertador.

Al siguiente dia, cuando el General Castilla pudo reconocer el lugar donde se hallaba, y apreciar el riesgo que en la noche habia corrido, se pintaron en su semblante la angustia y el espanto; conoció su temeridad, y dispuso con precipitacion, á las cinco de la mañana, la marcha sobre Pachachaca. En este sitio, abundante en inexpugnables y aparentes posiciones, debió realizarse *otro gran fin del vasta plan*, y era el de situar el ejército y esperar al enemigo para batirlo. La eleccion del campo se hizo; se verificó la colocacion de las tropas, y se convino en fin, en la espera; pero al primer aviso de que el enemigo estaba á la vista, y que se aproximaba el momento de realizar el *fin* de todos los *fines*, hizo desfilar las primeras columnas en direccion á Yauli.

Entónces tuvieron lugar las instancias del General Castillo, y sus observaciones sobre lo desaceratado de esa marcha, entónces, á fuer de grandes exigencias, se cambió la direccion del movimiento, y se verificó del lado de Morococha; y entónces tambien ocurrieron todos los incidentes que hemos referido en nuestro primer artículo, entre los cuales, el de mas importancia, fué la riña y cambio de denuestos que entre ámbos generales se trabara.

Confesaremos, con la imparcialidad de que nos sentimos poseidos, aunque no sea concedida por nuestro contendor, que el General Castillo cometió dos graves delitos de insubordinacion; el de desacato al General en Jefe, en presencia de una parte de sus tropas, y casi al frente del enemigo, y el

de quererse batir, ó prepararse para ello, sin órden superior. En un ejército reglamentado bajo las bases de la severa moralidad militar; en un ejército cuyo Jefe tuviera la energía y dignidad que el cargo exige, y que en vez de estas cualidades no poseyera, como el General Castilla, una ridícula fanfarronada y una total falta de decoro, el Jefe de E. M. G. hubiera pagado con su vida cualquiera de esos dos delitos; pero el Libertador no era todavía fuerte en poder; el que entónces investia vacilaba, y ante su mezquino corazon la dignidad no es nada, la autoridad es todo; esa autoridad que prostituye y humilla cuando cree que puede serle arrebatada, y de la cual se reviste para desdeñar y ultrajar al que no lo reverencia servilmente, cuando tiene medios suficientes para hacerla respetar. Así no solo no infligió al General insubordinado la pena señalada por nuestros códigos militares, ántes, al contrario, nunca se manifestó con él mas obsequioso, comedido y satisfecho.

Cuando el General Castilla al mismo tiempo que se vió en Morococha cuya localidad no pudo juzgar sino de nada conveniente, se encontraba indeciso en la determinacion que deberia tomar; y como por otra parte, sea su principal arbitrio en casos tales, el de perder el tiempo, recurrió para llenar este fin al remedio, para él supremo, que consiste en hacer que la tropa lave los vestidos; asi cuando salió con el General Caravedo, en busca del Jefe de E. M. G. ordenó que se limpiasen las armas; y á su regreso que el ejército se pusiese á lavar. Dejamos al criterio de cada uno, el juicio que debe formarse del Jefe que próximo al enemigo, ordena ocupaciones de tal clase.

Los hechos que acabamos de exponer, corroboran, pues, como lo hemos dicho en otro artículo,

que la ocupacion de Morococha nunca entró en los planes del Libertador: que ella fué obra del General Castillo, y que, si plan alguno hubo, el movimiento á Morococha bastaba para destruirlo completamente. Pero queremos suponer todo lo contrario de lo sucedido: queremos convenir, con el defensor del General Castilla, que el ocupar ese sitio hubiera sido una de las disposiciones esclusivamente tomadas por este General. ¿Era apropósito para realizar algunos de los tan sabidos *tres fines*, una hacienda mineral, situada en el corazon de la cordillera, con tres ó cuatro entradas, dominada por alturas y completamente desprovista de víveres y de forraje? ¿Podria permanecer por varios dias, un ejército en un punto, donde un solo viajero á duras penas conseguiria lo necesario para pasar una noche?

De Morococha salió el Libertador con el General Caravedo con el propósito de hacer un reconocimiento sobre Yauli; el General Echenique ocupaba ese asiento y habia hecho grande acopio de ganado y de forraje en grano y en rama. Al regresar de esa operacion, dirigióse el Libertador al General Caravedo para decirle, lleno de angustia y confusion: *si los enemigos se detienen en Yauli ¿qué haremos? porque ya la maniobra está concluida, y nosotros no podemos parar en Morococha.* El General Caravedo que habia concebido el plan de operaciones que consistia en marchar sobre Lima por las provincias de Huarochirí ó Yauyos, si ántes no habia ocasion de presentar una batalla, tuvo que alterar sus ideas por los desconciertos cometidos en las marchas, y contestó al Libertador: *que la maniobra no estaba concluida*, que los enemigos tenian que pasar la cordillera aunque no quisieran; y que en el caso que permaneciesen en Yauli, el ejército debia moverse

sobre Canta, para estar en las puertas de Lima, para dominar en el abundante departamento de Junin, y para ponerse, en fin, en relacion con el Norte *Me parece bien*, contestó el Libertador, dejando ver en sus ojos la expresion de la esperanza, *¿pero cuántas leguas hay de camino?* el General Caravedo hizo la misma pregunta al capitán Casanova, que estaba presente, quien contestó que no habria mas de diez ó doce leguas. El Libertador aceptó el plan y se apresuraba en volver á Morococha para hacer el itinerario, cuando al llegar á la hacienda, supo que el General Echenique habia abjado la cordillera.

Creemos haber demostrado, que el Libertador no dispuso espontáneamente el movimiento sobre Morococha: que es humilde observador del consejo ajeno en los momentos del conflicto: que es poco celoso de su dignidad, cuando no se cree bastante fuerte: que en Pachachaca dejó de realizar uno de los *fin*es de su plan, y que sin su buena fortuna, estuvo á punto de que sus planes y sus *fin*es, tuvieran un *fin* trágico y nada honroso para la esclarecida y única categoria militar del Perú.

Heraldo núm. 477.

XII.

Por la noticia de que Echenique estaba en Casapalca, acordó el Libertador salir de Morococha para atacarlo por dos puntos, por el camino que parte de Yauli, y por el que sale de la hacienda; este acuerdo quedó en nada, como todos los anteriores, pues al dia siguiente de la noche en que se tomó, salió todo el Ejército Libertador para Yauli, en donde se hizo prisionero al batallon número 9. Como á las diez de la noche del dia siguiente, regresó el guia que condujo al General Deustua, asegurando que

lo había acompañado hasta San Mateo; pero que había regresado á Casapalca, donde tenia el ejército formado para volver sobre Yauli. Por inverosímil que esta noticia fuera, afectó hondamente el ánimo del General Castilla, que, recorriendo á largos pasos, la sala en que se encontraba, no pudo disimular su confusion, y dirijiéndose al General Caravedo; le preguntó con angustia: *¿Qué le parece á U. este contratiempo?* El General Caravedo, para quien la vuelta de Deustua no era posible ni peligrosa, en caso de ser cierta, contestó al Libertador: que nada podia apeteerse mas que el regreso de una tropa que por el esfuerzo en las marchas llegaria en estado de ser deshecha sin otra arma que los porta-fusiles. El Libertador no tranquilizado con tal respuesta, hizo varios propios al General Castillo que había salido para el Cerro por la via de Tarma, para que regresase al cuartel general de cualquier sitio donde recibiera la órden.

Falsificada la noticia sobre el regreso de Deustua, el Ejército Libertador ocupó el valle de Jauja para tomar cuarteles. A cualquiera que no tuviera idea del carácter del General Castilla, de sus veleidades é indecisiones, de la facilidad con que concibe planes, á cual mas descabellados, y de su perplejidad en los momentos de ejecutar los que parecen definitivamente acordados, le habria bastado observar á este director de la guerra, durante los dias de su permanencia en Huancayo. Celebrábanse diariamente juntas para determinar el camino que el ejército debia seguir para tomar la costa: el Libertador borrajaba numerosos pliegos de papel para comparar las distancias; los jefes reunidos no podian expresar su opinion, porque el mismo Libertador proponia las cuestiones y las absolvía, y echaba mano de sus abundantes manuscritos para encontrar

en ellos la solución de sus propias dudas. Al fin de tantas juntas no hubo acuerdo alguno ni sobre la dirección de la marcha, ni sobre el día en que debía emprenderse. En el momento ménos pensado, el Coronel D. Julio Montes que despachaba accidentalmente el Estado Mayor General, recibió una orden general escrita de puño y letra del Libertador, en la que se disponia la marcha para el siguiente día. Esta disposición se expidió, sin comunicarla á los Generales y Ministros, y lo que es aun mas grave y torpe, sin dar las necesarias órdenes para acopiar víveres, reses y forraje. Segun dicha orden general, toda la fuerza acantonada en diversos pueblos del valle, debía pasar el río por el puente de la Oroya, á pesar de que estando las divisiones en Jauja, Concepcion y Huancayo, era mas cómodo y natural que pasaran los puentes de la Mejorada, Concepcion y Llocllapampa y las de Tarma por el de la Oroya, para reunirse ó bien en Yauli ó bien á este lado de la cordillera, sin necesidad de aglomerar las tropas en un solo camino. Como los Generales Castillo y Caravedo se viesan tratados sin las consideraciones exigidas por sus categorías y empleos, y que no se les habia comunicado la disposición de la marcha, sino por medio de la orden general, se fueron á Tarma, donde existia una parte de la division del mando del segundo. Esta y no otra fué la causa que tuvo para separarse del cuartel general el General Castillo, á quien se ha calumniado, suponiéndolo poseido de miedo á consecuencia de la derrota del Alto del Conde.

En Tarma, los Coroneles Tejada y Albizuri, recibieron en cuatro días, siete órdenes para que marcharan y dejaran de marchar sobre Yauli, recibiendo la última cuando se encontraban en camino y á los ocho días de estar ya el grueso del ejército en

este lugar. En la Oroya consultó Albizuri á los antedichos Generales, si daria cumplimiento á la séptima órden que acababa de recibir para no moverse de Tarma, pero ellos le dijeron que siguiese la marcha hasta Pachachaca, de donde daria cuenta de su llegada. Sin la circunstancia de haber seguido este consejo el Coronel Albizuri, es mas que probable que el Libertador permaneciese hasta hoy en Yauli, entregado á sus ocupaciones que consistian en hacer planes, pero no de operaciones, sino para perder el tiempo y seguir despues el impulso forzoso de las circunstancias.

Acabamos de exponer el único motivo que los Generales tuvieron para no seguir el movimiento del ejército, y para retirarse á Tarma; pero tal retirada ha servido al Libertador y á sus amigos para levantarles una calumnia, propalada contra Castillo por escrito, contra los dos de palabra. Al regresar ambos, en direccion al cuartel general, supieron en la Oroya la victoria de Arequipa, que se supone la causa del regreso. Suposicion tan ridícula como la *acusacion de fuga*.

Lo que hay de cierto, es que cuando el Coronel Benavides Bermudez llegó al cuartel general, le expuso el Libertador: que no podia darle colocacion á pesar de la estimacion y aprecio que le profesaba, porque el *señor Elias se molestaria*; pero al momento que llegó la noticia del desastre del Alto del Conde, se hizo venir al citado Coronel de Tarma, donde se habia retirado, y se le encargó la Comandancia General de las fuerzas que obraban sobre Canta.

Hé aquí una elocuente prueba de la *arrogancia* y energía de carácter del Libertador, que no se hallaba capaz ni de emplear á los hombres á quienes estimaba, y cuyos servicios podian ser útiles, de

miedo al enojo de uno de sus tenientes á quien él mismo temia, y cuyo enojo desafiaba, cuando lo vió sin fuerza á sus órdenes.

Habiamos terminado este artículo, cuando llegó á nuestras manos el "Comercio" de anoche, que registra las observaciones que se hacen á nuestro escrito de anteayer; para guardar orden, no nos ocuparemos de tales observaciones, hasta terminar la relacion que tenemos principiada. Sin embargo, no esperaremos hasta entónces para rechazar la alusion que encierran las siguientes palabras:

"En esto vienen á parar las difamaciones cuando no tienen otra base que el instinto para hacerlas, ni otros recursos que una *emulacion* ridícula y una *envidia* tanto mas detestable cuanto mas pe-
"queños son aquellos, cuyas entrañas corroe."

Conociendo el blanco á que estos tiros se dirijen, vamos á decir algo que sirva de contestacion á todas las veces que ellos se repitan.

Siempre fueron la emulacion y lá envidia, vicios del que no teniendo el mérito que en otro reconoce, no quiere aparecer en ménos que la persona á quien se compara; lo fueron del que no alcanzó gloria y honor y quisiera privar de ellos á su contendor mas feliz; lo fueron tambien de los que conociendo su incapacidad quieren atribuirse ajenos hechos, pretendiendo presentarlos de manera que cedan exclusivamente en su honor; lo fueron, en fin, de los hombres, como el Libertador, que no puede soportar impasible que hombre alguno pueda levantarse sobre el nivel en que su vanidad y no su mérito lo ha colocado:

El hombre á quien la insultante alusion se ha dirigido, es mas antiguo servidor de la República que el General Castilla: ha prestado á la causa de la independencia, mas y mejores servicios que aquel.

Las medallas que adornan su pecho, fueron ganadas en el campo con su espada, mientras que el general Castilla engalana el suyo con la de Junin que no pudo obtener por hallarse preso y á mucha distancia de ese glorioso campo.

Ese hombre no tiene ni tuvo nunca exajerada idea de su propio mérito, ni la aspiracion incesante de ser un héroe como militar, ni un génio como gobernante; jamas abrió su pecho á las innobles pasiones que ofuscan el espíritu que no dejan que el individuo se conozca á sí mismo, y que hacen que se crea superior á otros de mayor y verdadero mérito: ese hombre tiene lástima al Libertador, porque lo conoce de alma ruin: le tiene asco, porque lo vé pintarse como el grajo de la fábula é hincharse por las adulaciones que no debia apreciar sino de sarcasmos y de burlas; ese hombre, que sabe reconocer el mérito de sus propios enemigos, si es que alguno tienen desprecia la audacia, la calumnia y la mentira. Entre ese hombre y el Libertador, hay la misma diferencia que entre la lealtad y la perfidia. Ese hombre, en fin, ha tenido la franqueza de decir al Gran Mariscal San Roman: que él (el que hablaba,) y todos los hombres de este pais, al momento que vestian entorchados, se creian grandes personajes y distinguidos militares, cuando á duras penas serian regulares comandantes de cuerpo en las naciones donde nacieron César, Alejandro, Federico, Napoleón y otros á quienes en nuestra nécia y ridícula vanidad nos place parodiar. ¿En qué puede pues consistir esa envidia? ¿De donde nace? ¿Qué mérito del General Castilla lo estimula? ¿Será que los mas tristes personajes, pueden elevarse á las categorias de los hombres grandes; alquilando plumas que así los supongan? ¿Será que esto baste para presentar al mundo como insigne é ilustre

guerrero, á quien apénas seria regular sarjento? Repetiremos, por conclusion, que esta es la única vez que entramos en este género de explicaciones; nuestro objeto no ha sido aparecer grandes, sino hacer ver que el Libertador es mas pequeño que lo que creen los ilusos.

Heraldo núm. 478.

XIII.

A consecuencia de la marcha del Coronel Albizuri, con la caballería, salió (como ya hemos dicho) el ejército de Yauli é hizo camino hasta San Damian. La noche de la llegada, estuvieron hasta las once, reunidos el General Caravedo y el Ministro Dr. Ureta. El primero suplicó al segundo, al tiempo de separarse, que le hiciera el servicio de preguntar á S. E. si la continuacion del movimiento seria al siguiente dia, cosa que le importaba saber, porque tanto sus bestias propias, como las de las brigadas de los cuerpos, estaban á una legua de distancia, y era por lo mismo preciso que la órden de marcha se diese con anticipacion para hacerlas traer.

El Ministro hizo la averiguacion necesaria, acercándose al Libertador, y contestó al General Caravedo, que el ejército no se movia al dia siguiente; este General participó la noticia al Jefe de E. M. G.

Sin embargo, á las cinco de la mañana, vino un oficial á despertar á los generales, anunciándoles que el Libertador estaba en la plaza haciendo desfilas los cuerpos del ejército. El General Castillo se vistió precipitadamente, y habiendo podido conseguir, prestado, un caballo, se dirigió á la plaza, en donde encontró saliendo las fuerzas de su mando: sin fijarse en el General Castilla, que tampoco estaba muy á la vista, siguió corriendo hasta ponerse á la

cabeza de su division. Pocos momentos despues, llegó el General Caravedo á pié, pues como se ha expuesto, no tenia bestia alguna de que servirse, y recibió, en la misma plaza, la órden de permanecer ar-
restado en su alojamiento, comunicándose otra de igual naturaleza al General Castillo.

Al dia siguiente, recibió el General Caravedo una esquila del señor Ureta, en la que le alzaba el ar-
resto y le aseguraba, de parte del Libertador, que este no tenia queja ni prevencion contra él (Caravedo) que por el contrario lo estimaba como amigo, y que lo habia puesto arrestado, porque el General Castillo *no lo habia saludado, al pasar por la plaza*. No es del caso repetir aquí la contestacion verbal que el General Caravedo dió, en Santiago de Tuna, al Ministro.

Quisiéramos que de buena fé se nos explicára esta conducta del Libertador. Si importaba á sus planes mover el Ejército de San Damian al dia siguiente de su llegada; si le ocurrió semejante idea despues que en la media noche habia dicho al Dr. Ureta que no se moveria; ¿por que no puso su resolucion en conocimiento de los Generales. ¿Debian estos interpretar en sentido opuesto la contestacion del General en Jefe? ¿Debian suponer que su pasion por faltar á la verdad lo hiciera ocultarla aun en los delicados asuntos del servicio? Si es extraño semejante procedimiento, ¿cómo puede calificarse el arresto del General Caravedo, producido por una involuntaria falta de cortesía, cometida por el General Castillo? ¿Esa falta pudo tampoco, en ningun caso, autorizar el arresto de dos jefes de categoria? El General Castilla no quiso castigar la falta que encierra la negacion del saludo; quiso dar una prueba del encono que abrigaba en su alma á consecuencia del suceso de Morócocha, pero seme-

jante prueba no era la mas elocuente, sino la que, hacia tiempo abrigaba, y que hizo pública en Santiago de Tuna. Una órden general, altamente deshonrosa, destituyó al General Castillo del E. M. G. y de la Comandancia de la division de vanguardia; y como si este enorme desaire no bastara á apagar el rencor que se abrigaba en el *magnánimo corazón del Libertador*, se pasó al Jefe destituido de sus empleos un oficio en que se le intimaba su separacion del cuartel general y su marcha para Tarma; pocos instantes despues de entregada esta órden, mandó el Libertador á su ayudante de campo, sargento mayor D. Antonio Marro, para que viese si ya habia marchado el General Castillo, diciendo al hacerle el encargo, entre otras cosas: *que quien una vez se habia insubordinado, era fuerza se alejase; porque si lo hacia segunda vez, emplearía ya su espada.* Estas solas palabras, cuya exactitud no negará el mismo Libertador, bastan para explicar que la injuria hecha al ex-Jefe de E. M. no descansó en ningunas causales ocurridas despues de la riña de Morococha; que ella fué concebida por el Libertador, que débil entónces para castigar la insubordinacion, fué bastante mal caballero para vengarse, cuando cerca de Lima, se persuadió por las comunicaciones que habia recibido, que la campaña no terminaría por una batalla, sino por un pronunciamiento de la capital.

Grande fué el disgusto que la separacion del General Castillo, hizo nacer en todo el ejército: grande la indignacion manifestada contra el Libertador; porque si la justicia es por todos respetada y acatada, así como son con resignacion vistas por otros las penas que al delincuente se imponen, así mismo son maldecidas las medidas que el encono y toda pasion innoble adoptan, no para casti-

gar sino para vengarse. Si el General Castillo habia cometido un acto de insubordinacion, que nosotros mismos hemos calificado de meritorio de la pena de muerte, por las graves circunstancias en que tuvo lugar; no por eso era ménos cierto que el mismo General hizo mas grandes y mas importantes servicios á la causa de la revolucion. Pero el General Castilla no olvida las injurias que se le hacen: si de pronto no las castiga, es porque no alcanza los medios ó porque no los tiene á la mano; pero nunca deja de vengarlos, aun cuando para ello tenga que ostentar toda la negrura de su corazon. Volvamos á nuestra relacion.

El ejército Libertador siguió su marcha para la Cieneguilla, á donde llegó á las siete de la noche á favor del consabido sistema de indebidas demoras. Sin embargo, se hizo presente al Libertador que no debia darse á las tropas, sino un descanso de dos horas, y continuar el movimiento hácia el valle de Surco para llegar al Callao á las siete ú ocho de la mañana siguiente. Esta operacion pudo verificarse sin peligro alguno, porque el ejército enemigo estaba situado entre Ate y Pariachi, porque se ignoraba además, cual era la quebrada por donde tomaba la costa el Libertador, y porque la columna de Sagrados cubria la de San Mateo, habiendo llegado hasta Yanacoto. No se hizo, con todo así porque adoptando esas medidas llamadas por los defensores del General Castilla, *prudente cautela y calculados movimientos*, pasó el ejército un dia entero en la Cieneguilla, y no avanzó al siguiente sino hasta Manchay, distante una legua, en donde se perdió otro dia, haciéndose irrealizable la ocupación del Callao, y aun expuesta por demas la llegada á Surco, porque sin la impericia de los enemigos, la destruccion del ejército libertador era de necesario acontecimiento.

El General Echenique no necesitaba sino correrse sobre su derecha y situarse en San Borja, para precisar á su contrario á aceptar el combate donde hubiera querido, con las ventajas que le daban la eleccion del campo y el estado de unas tropas fatigadas y sedientas.

Todos estos azares, todos estos riesgos de una triste y ridícula destruccion, corrió el ejército Libertador, sin otra causa que la mala ejecucion del plan que en Moya se indicó al General Castilla y que realizó haciendo de su parte cuanto era posible para alcanzar un fatal desenlace.

Debemos indicar, como oportuno, para calcular la consistencia de las medidas del Libertador, que su primer propósito al salir de Huancayo, fué descender á la costa por la quebrada de Canta, y que observándole el General Caravedo, que para ello existia el grave inconveniente, de que el rio Rimac les impediria maniobrar sobre el Callao, convino aquel en la exactitud de tal observacion, sin que por ello variase en nada el órden de sus desacordados procedimientos posteriores.

El ejército salió por Surco para Miraflores, á donde llegó el General en Jefe con sus primeras columnas, en los momentos que el General Echenique principiaba á apoderarse de la Huaca Juliana, y cuando el General Pezet y otros estaban á tal distancia que con un poco del esfuerzo y arrojo, del que en tan alta cantidad se conceden al Libertador, se pudo muy bien disputar y obtener la posesion de la Huaca. Pero el valiente capitán, cuya gloriosa historia es una serie de asombrosas proezas, no quiso enriquecer sus brillantes páginas con una mas, de fácil realizacion, y esperó verse reunido con todo su ejército: miéntras tanto el General Echenique tuvo tiempo para situar el suyo.

Llegamos al término de los vastos planes: los dos ejércitos se tenían á la vista: aproximábase el solemne momento en que iba á resolverse un gran problema político. El éxito de la causa revolucionaria estaba encomendado al *héroe de Ingavi*:—en medio de ese campo que debía regarse con sangre, habia un laurel cuyas verdes ramas debian coronar al siempre vencedor; veremos, pues, la manera como el ilustre Jefe, honor de la Nacion Peruana, se apresuraba á poner sobre sus antiguas coronas, la que debía elevarlo sobre todos los capitanes de la *actualidad*, y dar á sus hechos, en los anales de las guerras del siglo, un preferente lugar.

Heraldo núm. 479.

XIV.

Entre los puntos de observancia necesaria acordados en Huancayo, al tiempo de sacar de esa ciudad las tropas libertadoras, para el caso de que los dos ejércitos se pusiesen á la vista y en actitud de combate, se cuentan los dos siguientes: primero, maniobrar de tal modo que la artillería libertadora pudiese jugar ántes que la enemiga, porque siendo esta de mas alcance y de municion hueca, podia hacer mucho daño ántes que aquella hiciera alcanzar sus tiros: segundo, no comprometer ningun choque que no fuese decisivo, por la escasez de municiones.

Ocupada la Huaca por las tropas de Echenique, su toma era imposible, á no ser que se trabara el choque. El ejército libertador fué colocado en una larga línea, débil en todas sus partes, bajo los fuegos de la Huaca; y en tal situacion, el General Castilla que no quiso tomar el Callao, cuando para ello no existia obstáculo, concibió la peregrina y extravagante idea de dirigirse á ese puerto haciendo pa-

sar sus fuerzas por entre la Huaca y la costa para exponerlas á ser desechas por los fuegos de la artillería de mar y tierra. ¡Estupenda concepcion! ¡El Libertador quiso, tal vez, ensayar hasta donde llegaba su arrojo, de que nunca habia dado prueba? No: el proyecto era tan descabellado como expuesto; y esto bastaba para que pretendiera llevarlo á cabo. Tres dias fué este movimiento la idea dominante del Libertador, y la causal que para realizarlo apuntaba, era tan sólida como todas las que sirven de pretexto á sus desacuerdos. Aducia como razon bastante para entregar á la ruina su ejército, el que no se le escapara Echenique, ni se le escaparan tampoco dos millones de pesos que, en *lingotes* de oro, debia traer de Europa el vapor. Las observaciones constantes de los Generales y Ministros, le obligaron á desistir de un proyecto que jamas hubiera entrado en el cerebro de un hombre que con ménos pretensiones que el General Castilla, hubiese sido dotado por la Providencia de un sano juicio.

Todo Lima pudo observar la colocacion respectiva de ambos ejércitos. Todo Lima ha podido apreciar la desventajosa situacion del Libertador, colocado bajo la dañosa accion de los fuegos de la Huaca, y la no ménos ofensiva de los buques de guerra. Nadie podia pensar que tan violento estado se hiciese durar por varios dias, por que cada uno de los que pasaba dejaba en pos el aumento de temor en los soldados que conocian la facilidad del enemigo para destruirlos completamente. El General Echenique no habria necesitado, en efecto, sino poner en batería todas sus piezas de artillería, y con hacer fuego un dia entero, hubiera sido irremisiblemente señor de la victoria; pero como al contrario, hacia parar los tiros al momento que

empezaban, contribuyó por sí mismo á su propia ruina.

No habiéndose realizado el primer hecho de los acordados en Huancayo, que indicamos al principio de este artículo, no se curó tampoco el Libertador de cumplir el segundo; pues estando su caballería á una legua de distancia, y sin haber preparado siquiera una mitad, hizo comprometer un choque el dia 3 de Enero, con una muy pequeña fuerza de infantería, que sufrió la resistencia de las tres armas enemigas. Este choque que pudo ser harto funesto sin la serenidad, valor y denuedo del Sr. General D. Luis Lapuerta, era el segundo provocado por el General Castilla.

No está al alcance humano la facultad de describir el efecto que cada tiro de cañon lanzado por el enemigo producía en el valeroso Libertador; jamas el miedo manifestó sus caracteres con mas desarrollo; jamas hombre alguno de espíritu apocado se pintó mas digno del desprecio ajeno; jamas, en fin, un militar de una inmensa vanidad y de una fanfarronada sin límites, dejó su fingida piel de tigre, para descubrir la de la libre. El pavor y la palidez que cubrían su rostro, la incesante repeticion de órdenes y contra-órdenes; la sucesion de gritos y de palabras entrecortadas pronunciadas por labios trémelos; las carreras á caballo á indeterminados lugares; hé aquí, aunque mal pintado, el estado del hombre, cuyo *valor* y cuya *pericia*, son el objeto de sus propios elogios, cuando recomienda sus hechos en los salones de palacio, ante sus ciegos aduladores, ó ante los que no lo han visto en los momentos en que ese *valor* y esa *pericia* deben manifestarse por hechos.

No son estas, ni *estúpidas declamaciones*, ni *desahogos de la envidia*. Envidien otros los dotes de la

grandeza de alma y de heroísmo del ilustre Libertador ; envídienlo, en hora buena, los que al compararse con él, se reconozcan inferiores ; aun no creemos que haya hombre de mediano mérito que quiera cambiarse con otro á quien Dios no quiso conceder ninguno. Los hechos que nosotros apuntamos, las justas y lógicas reflexiones que sobre ellos hacemos se pretenden explicar por el único sistema de la *envidia*; pero nosotros repetiremos al defensor del General Castilla sus propias palabras, al combatir nuestras creencias sobre el influjo de la buena suerte. *¡Miserable, menguado y erudito escritor que no puede inventar siquiera una disculpa á los desaciertos constantes, y á los productos de la imbecilidad de su héroe, sino la vulgarísima é indigna de la envidia de sus adversarios!*

El pánico terror del General Castilla, la contradicción en sus resoluciones, y el desconcierto patente en que entrara, lo hicieron aparecer ridículo, no solo ante los Jefes con quienes estaba en constante relacion, sino que últimamente se presentó como tal ante los soldados. Acostumbraba el Libertador en los primeros dias, recorrer su campo, rodeado de ayudantes y con numerosa escolta de lanceros, que llevaban las banderolas desplegadas ; pero el miedo de ser conocido habia ganado mucho terreno en su corazon. Cambió de vestidos y de caballo : no se hacia ya acompañar sino de un lancero que lo seguia á larga distancia con la banderola encubierta, y ni aun encendia luz en su alojamiento. Escuchamos ya que el defensor santifica estas precauciones como *prudente cautela*, necesaria para que el ejército no se viera privado, por algun incidente, de su general en Jefe ; y nosotros conveniriamos de buena fé con tal explicacion, á no haber habido una transicion tan súbita entre la ridí-

cula ostentacion de valor y esa cautela, cuando se creyó que la primera podia ser pagada á caro precio. A pesar de tan afflictivas y apuradas circunstancias, cuando son mas que nunca necesarios los arranques del génio y los rasgos del valor ; en esos grandes momentos en que el hombre conoce el peligro pero procura vencerlo buscando en su cabeza y en su corazon los medios de alcanzar la gloria, recurrió el General Castilla á salvar la crisis y hacer ménos peligrosa la situacion del ejército con su remedio supremo. ¡¡¡Hacerle lavar la ropa!!!

Para llevar á cabo esta difícil maniobra, parte integrante del gran plan que el General Castilla estaba desenvolviendo, se hizo ensanchar una poza que existe entre el tambo que servia de cuartel general y el mar ; pero desgraciadamente la operacion no pudo practicarse porque la voluntad del Libertador fué contrariada por el bombardeo dirigido de á bordo de los buques de guerra. Cierto es tambien, que la órden, en caso de ser dada por el General en Jefe, no hubiera sido obedecida por el ejército.

La simple razon, así como los principios elementales del arte de la guerra, aconsejaban, ó bien atacar la izquierda de la línea enemiga, como la parte ménos fuerte, ó correr la derecha del ejército libertador, cercándolo á Lima por entre las portadas de Barbones ó Cocharcas, para proteger el esperado pronunciamiento de la capital, apoderarse del agua que el enemigo quitaba á cada momento, haciendo sufrir espantosas fatigas á la tropa, y ponerse, en fin, fuera de los tiros de las baterias de la Huaca y de los buques. Este movimiento debió verificarse si no el mismo dia en que los ejércitos tomaron posiciones, cuando mas tarde, al siguiente en la noche ; á cada momento y por muchas personas se hizo esta indicacion al Libertador, quien con-

testaba que para aceptarla y realizar la retirada esperaba solo la llegada del Coronel Beltran, que traia una partida de montoneros. El éxito de la campaña dependia, pues, de la presencia de dos ó trescientos hombres, no militares, y cuyo servicio era inútil en caso de combate; pero esto no era sino un medio para continuar en la inaccion, y para estar bajo un peligro de indisputable existencia y gravedad. Llegó, por fin, el Coronel expresado, y llegó con su fuerza, é instado nuevamente el Libertador para moverse, dijo: que *era preciso aparecer por algunos dias mas, ante Echenique, como un sandio; (*) y que esperaba que el Coronel Benavides, que bajaba por Canta, se aproximase á Lima*. Este coronel hubiera tambien llegado, y no faltarían al Libertador personas á quienes esperar despues; y aun estuviera en sus espectaciones si una *circunstancia, probablemente prevista* en sus vastos planes, no viniera á cortar el curso de sus interminables esperas.

Heraldo núm. 480.

XV.

Siete dias habian pasado, y el ejército libertador permanecia entregado á la inaccion mas completa, presenciando los estragos que, en su campo, causaba la artillería enemiga, sin que el General ~~en~~ Jefe adoptase un medio para evitarlos, ni intentase un ataque que, en verdad, no hubiera sido prudente, atendida la ventaja en posicion del ejército del General Echenique. El General Caravedo, conociendo el descontento y disgusto que dominaban desde

(*) El Libertador empleó otra palabra mas significativa, pero aun mas propia de cuartel.

el primer Jefe hasta al último soldado, y convenido de que el Libertador por sí mismo, no haria nada por evitar la pérdida total del ejército y quizá un golpe funesto de sublevacion, se dirigió á los Coroneles Cansecos, cuñados del General Castilla, para decirles que este seria juzgado como traidor en cualquiera otro punto de la tierra que no fuera el Perú, por haber colocado el ejército de tal suerte, que los enemigos no solo lo ofendian con la artillería de tierra, sino tambien con la de mar, habiendo sufrido ya los tiros de estas sin defensa posible, y tocando un extremo de justa desesperacion: que él (Caravedo) estaba resuelto á separarse del cuartel general en la mañana siguiente, si en la misma noche del dia en que esto hablaba, no se movia el ejército; y que no verificaba en el acto su separacion, porque temia que atacasen en ella los enemigos. Los Sres. Cansecos, para quienes era evidente la exactitud de cuanto el General les dijera, montaron en el acto á caballo y se fueron á ver al Libertador, y no habiendo podido hablar con él sino con el Dr. Ureta, este aconsejó á D. Manuel que escribiera una carta á su cuñado; la remision de tal carta dió motivo á que se convocase una junta de Jefes para las diez de la noche. A las siete de ella el General Caravedo fué en busca de los Ministros para instruirlos en el estado del ejército y de su particular resolucion: no podian tampoco desconocer estos funcionarios lo evidente de lo crítico de la situacion, y ofrecieron hablar al Presidente. Encontró en su tránsito, y de regreso á su campo, el mismo General, al Mariscal San Roman, y le expuso que por parte del Libertador habia, al parecer, empeño para perder el ejército: que él estaba resuelto á marcharse al dia siguiente, y que, en su concepto, no habia otro medio de salvacion, que

deponer á Castilla del mando de las fuerzas, y emprender el movimiento inmediatamente. El Mariscal aplazó su resolucion hasta ver el resultado de la junta convocada. Realizose esta, y el Libertador, que aunque dotado de un génio previsor, tiene el talento de desconocer siempre la actualidad, redujo sus medidas del momento, á hacer alusiones ofensivas á los Jefes improvisados, y entre ellos al Coronel Cevallos, atribuyendo á avance el que este Jefe le hubiera hecho por escrito algunas fundadas observaciones sobre la mala situacion del ejército: no faltaron, como era natural, aquellas fanfarronadas, única base de la reputacion de valiente que el General Castilla ha pretendido crearse; una de ellas, y la mas ridícula es la de haber desafiado al que *se creyera mas hombre, para ir los dos solos á caballo y con lanzas á tomar la huaca*. El Libertador terminó diciendo que tenia sus planes, que debian realizarse *dentro de dos ó tres dias mas; que era preciso permanecer durante ellos en las mismas posiciones, y que era tan cobarde como mal militar el que opinaba que el ejército debia moverse de ellas*.

El General Caravedo, que habia permanecido hasta entónces en silencio, contestó al Libertador: que si habia cobardía se encontraba, sin duda, en los que excusaban batirse: que todo el ejército estaba dispuesto á pelear, pero no á sufrir impasible las balas del enemigo, como las habia sufrido *en siete dias*; que las resoluciones del General en Jefe pugnaban con los elementales principios del arte militar, y que en caso de no atacarse la izquierda de la línea enemiga, ni moverse la del ejército sobre su derecha, era al ménos necesario que este se pusiera fuera de los tiros de la Huaca. No contestó una palabra el General Castilla, disolviéndose la junta sin acordar medida alguna. El General Cara-

vedò expuso entónces al Ministro Ureta, que ya no esperaba al dia siguiente para marcharse, y que lo iba á verificar en el acto; algunos Jefes que penetraron las intenciones de este General, le indicaron que estaban decididos á acompañarlo. El Sr. Ureta pretendió borrar esta resolucion: expuso al General que *el remedio era mas pernicioso que el mal*; que la disolucion del ejército seria entónces inevitable, y terminó suplicándole que retardase su marcha por un dia mas; que él y el Mariscal San Roman emplearian toda su influencia para persuadir al Libertador á que se moviera. La eficacia de estos Señores produjo, en verdad, buen efecto, porque el Mariscal San Roman buscó á las tres de la mañana al General Caravedo para decirle que á fuer de *paciencia* y de *ruegos hasta la humillacion*, habia conseguido que el Libertador se resolviera á moverse; y que hiciera desfilar los cuerpos en direccion á la Palma.

Principiaron á llegar á este punto los batallones y á formar en columnas agrupadas, por la estrechez del terreno, en el potrero situado á retaguardia de la casa.

Desfilaba aun el batallon Motoni, cuando una recia é inesperada descarga anunció el ataque del enemigo sobre la columna de Izcuchaca. De suponer es la grande sorpresa que este hecho causara en un ejército que se encontraba en desorden, y por lo mismo no dispuesto para un combate decisivo. Cierto es que el General Castilla se presentó en el acto en el lugar de los fuegos, pero no lo es ménos que no dejó orden alguna á sus Generales. Siguiéron al Libertador el Gran Mariscal San Roman con la division del General Lapuerta y uno ó dos cuerpos mas. El choque se hizo formidable en frente de la casa de la hacienda; allí perma-

neció el Libertador hasta el último momento del combate, pero inactivo, confuso y sin dar órden de ninguna clase. Díganlo si no los jefes que estuvieron cerca de él. La mayor parte del ejército quedó, por lo mismo, á cargo del General Caravedo, á quien un cuarto de hora despues de encendida la pelea se unió el Mariscal ya herido. Estos dos Jefes fueron haciendo entrar en lucha á los diferentes cuerpos que estaban en columna en el potrero, segun las circunstancias lo iban exigiendo, y sin que para ello recibieran órden del director del combate; suponemos que no existirá inconveniente para que se nos crea, desde que es un hecho harto notorio que el Jefe de E. M. G., Coronel D. Julio Montes, murió desde los primeros tiros, y que todos los ayudantes de campo del General Castilla fueron dados de baja por haberlo abandonado durante la batalla.

No es por nadie ignorado el modo como principi6 el choque: es sabido que todo el ejército del General Echenique se movió al mismo tiempo que el libertador con el objeto de atacar á este, debiendo el General Pezet iniciar la pelea por la derecha; llegado este General al punto que esta ocupaba, no encontró á nadie, y léjos de hacer alto con sus fuerzas, y de dar parte á su General en Jefe para combinar un nuevo plan de ataque, se lanzó en persecucion del enemigo, y rompió los fuegos en el acto de encontrarlo.

En la confusion y sorpresa de un inexperado y fuerte ataque, desertaron del campo cerca de mil soldados con sus Jefes y oficiales que emprendieron la carrera hasta Ceineguilla, y se incendi6 la dotacion de dos piezas de artillería. En medio de estas circunstancias tan desfavorables, y suficientes para un contraste inevitable, existian como elementos de

salvacion, la pericia del General en Jefe y sus acertadas disposiciones, ó el favor de la Providencia.

Quisieramos que se nos dijera en qué historia militar se limitaron las funciones del primer capitán de un ejército á ser un mero y mudo testigo del combate ; cual pudiera haber sido el resultado de uno en que el General en Jefe dejase abandonado su ejército á las órdenes de sus tenientes, si estos, poco alentados, hubieran temido la responsabilidad en que pudieran hacerlos incurrir sus propias determinaciones. Las glorias son del Jefe que preside una campaña, y que dirige tambien la batalla que la termina, porque se supone que ese Jefe, sereno y apto en los momentos decisivos, ordena las maniobras, las combina, y hace ejecutar de una manera conveniente ; porque el General en Jefe es la inteligencia que gobierna á sus tropas, las sitúa, las hace entrar en lucha ; fortifica los puntos de su línea que se debilitan, ordena los ataques sobre los puntos enemigos, es, en fin, en esos momentos el dueño de los destinos de los que le obedecen, y la inteligencia á la cual todas las demas se subordinan. Pero cuando ese hombre permanece firme en un puesto, de donde aunque corra peligro su persona, abandona á los acontecimientos al resto de su ejército ; cuando mudo por el terror pierde el uso de su razon, sin dar jiro á los sucesos ni aprovechar los innumerables incidentes que se presentan en un campo durante el fragor de la pelea, ¿qué es ese hombre? ¿Qué funciones desempeña? ¿En qué manifiesta su valor ni ostenta su pericia? ¿Qué títulos tiene á la gloria? ¿Qué le toca de los laureles conseguidos por su ejército?

Ese hombre es nada mas que una estatua, una máquina que no da señales de vida sino por el movimiento convulsivo que le imprime el miedo ; es un

ser lanzado por el deseo de ostentar valor en el lugar del peligro, y enclavado en ese lugar porque el estupor le privó de toda accion.

Las glorias que elevaron hasta el rango de héroes á los capitanes de todo tiempo, consistieron en sus hábiles y científicas maniobras, acompañadas de esas altas pruebas de arrojo dadas para estímulo de sus subordinados y para salvar inminentes peligros; si el gran Napoleon hubiera limitado sus proezas á ocupar la primera fila de los combatientes y á permanecer en ella como el gran Castilla, no hubiera alcanzado el nombre de *águila*, hubiera sido solo un *cuervo* como el Libertador. El valor de este gran capitán es el valor del soldado raso que consiste en no abandonar su puesto. Pero el valor del General, ese valor complejo de serenidad, actividad, enerjía y desprecio del peligro, es cualidad que el Libertador no alcanzó nunca y que no alcanzará jamas. Cierto es que la Providencia no lo hizo nacer para llegar á grande hombre en otro país que no fuera el Perú.

La victoria de la Palma se ha debido, pues, al desacierto de uno de los tenientes del general Echenique, á la lentitud de las maniobras de este, á la decision del ejército libertador, y sobre todo al favor de la PROVIDENCIA. Castilla sin su buena fortuna hubiera sido derrotado; la historia de su campaña hubiera sido su proceso de acusacion; su derrota y la excecacion de los pueblos, su sentencia; pero en el libro de los destinos estaba dispuesto que cayera el Gobierno de Echenique, y cayó mediante un combate en que las probabilidades no eran para su adversario muy lisonjeras. Castilla terminó su campaña sin saber como: triunfó sin saber por qué.

Tan cierto es lo que acabamos de exponer, que ni el General Castilla como General en Jefe, ni su Jefe

de E. M. G. han podido dar el parte de la batalla. Al verificarlo hubieran tenido la necesidad de confesar que ella terminó sin que él diera una sola órden, lo cual menoscabaria su *alta reputacion* como director de la guerra ; asi como la de hacer honrosa mencion de sus tenientes, lo que el orgullo y vanidad no le hubieran jamas permitido.

La relacion que hemos hecho descansa en el testimonio público : recientes los acontecimientos referidos, viven aun todas las personas que en ellos tomaron parte, y que son por lo mismo irrecusables testigos. Ante la exactitud de nuestras aseveraciones, nada valen esos sucesos históricos de ninguna identidad con los nuestros. Preciso era que el defensor del General Castilla nos hubiese sacado un personaje de la posteridad que á este se asemejase, y nos dijera cual fué el pueblo del mundo que tuvo la desgracia de poseerlo. Nuestras guerras, como nuestra política, no han tenido modelo en el universo. El mismo Alejandro se viera apurado para dirigir una campaña con nuestros Jefes y soldados, como se verian Guizot y Thiers para desempeñar nuestros ministerios. Nuestros hechos, especiales bajo tales aspectos, no se explican por otros iguales en la historia de otras naciones ; si por acaso existiera semejanza entre algunos de ellos, es indudable que no existiria en las causas, ni en los hombres que en ellos figuraron : ir, pues, á buscar la santificacion de los desaciertos del General Castilla en las proezas de los grandes capitanes del mundo, es querer hacer una pueril ostentacion de una erudicion que no puede lucirse con provecho en cuestiones como la presente.

Hemos terminado : y por mas que se nos titule maldicientes y tenaces difamadores, no hemos hecho sino referir los sucesos tales como han pasado

á la vista de muchos, y tal como los ha apreciado la opinion de las sensatos. Impertérrito el apolo-gista del Libertador, mas que á refutar nuestras narraciones, se ha dirigido á la persona del escri-tor, triste efugio del que se vé abrumado por la fuer-za de la verdad. Si hemos entrado en minuciosi-dades, si nos hemos ocupado de algunos hechos y dichos ridículos del Libertador, ha sido para que la apreciacion de su caracter pueda hacerse cómo-damente, deduciéndola de ese conjunto de peque-ñeces que bastan á dar idea de un hombre. Nues-tro ligero trabajo parece suficiente prueba: 1.º de que los movimientos de la campaña jamas nacieron de las combinaciones y planes del General Castilla, y que todos y cada uno de ellos fueron motivados por circunstancias del momento ó por instigacio-nes ajenas: 2.º que por la mala ejecucion de las maniobras, de las cuales es responsable el que las dirige, y por los varios peligros en que el ejército se encontró de fracasar, sin mas causa que la perti-nacia ó indocilidad del General en Jefe, ha habido mas de un motivo para formular, en su contra, la acusacion de traidor á la causa que lo eligiera por caudillo. Mal que pese al Libertador y á su pane-girista, la verdad, y nada más que la verdad, es la que hemos escrito; y del cúmulo de verdades que nuestra narracion contiene, deducirán sin esfuerzo los sensatos que el General Castilla, desnudo ~~de~~ da dote de aquellas en que abundaron los héroes, se ve hoy disfrutando de esa gloria efímera que con-cede, aunque no para siempre, LA FORTUNA.

Heraldo núm. 481.

CONCLUSION.

Habiamos pensado reimprimir todas las observaciones que se han hecho á la anterior relacion, pero como ellas sean, en su mayor parte, simple impugnacion de frases ó elogios al General Castilla, creemos mas oportuno no ocuparnos sino de los hechos esenciales que en tales escritos se contienen.

“Seis dias empleó el Libertador en verificar una marcha de 22 leguas, desde Moya á Chacabamba.”—
Y ¿qué puede deducirse de este hecho? ¿Acaso es requisito esencial en todas las maniobras militares, la velocidad en la marcha? *¿Se ignoran los inconvenientes que trae consigo esta precipitacion, cuando la marcha se ejecuta á corta distancia del adversario?*
Es cierto que hay casos en la guerra, en que todo debe sacrificarse á la celeridad y prontitud; pero tambien lo es que por lo general se necesita mucha circunspeccion, porque *la marcha de un ejército al frente de su enemigo, lo constituye en un estado*

muy crítico de suyo, durante el que mas que en ninguna otra circunstancia, se necesita la medida, la deliberacion y la prudencia."

Cierto es que ignoramos los inconvenientes que trae consigo la precipitacion en la marcha que se ejecuta á corta distancia del enemigo, así como el defensor del General Castilla ignora que de todos los movimientos, el de flanco, verificado al frente del adversario, es expuesto y peligroso, hasta el punto que solo se verifica en lances supremos; que la necesidad de consultar que el contrario no se aperciba de el, impone la de verificarlo con la rapidez del pensamiento, porque el ejército que así marcha corre el inminente riesgo de ser indefectiblemente destrozado, si se le ataca ántes de terminado el movimiento: esto habria, sin duda, ocurrido al libertador si el General Echenique hubiera tenido oportuna noticia de la marcha. Media hora ántes que las tropas de este General llegaron las libertadoras al puente de Pachacayo, y no cuesta esfuerzo comprender que despues de este cortísimo tiempo, este ejército hubiera tenido que estrellarse contra las posiciones escogidas por el enemigo, ó que recurrir para salvarse, á una violenta y deshonrosa fuga. Hasta ahora no habiamos podido comprender como convenga hacer duradero un suceso cuyo acontecimiento haya interes en ocultar; al emplearse cerca de seis dias para atravesar un corto espacio, y atravesarlo con el riesgo de ser acometido, se ha faltado no solo á las reglas militares, sino á las de la prudencia y de la razon. Casos como aquel de que nos ocupamos, son los que requieren esa precipitacion que repugna al defensor del General Castilla, precisamente cuando es mas requerida; si con seis dias de demora se atravesó Echenique media hora, caminadas las 22 leguas

en veinticuatro horas, el atraso de este hubiera sido de cuarenta y ocho, y el objeto de la maniobra intentada por el General Castilla se habia llenado de un modo satisfactorio.

No se salva el *estado crítico en que se constituye un ejército cuando marcha al frente de su enemigo*, perpetuando la crisis ni interponiendo paulatinamente las distancias: se salva, sí, con la precipitación á favor de la cual se evita el riesgo de un funesto ataque.

“La acusacion principal que se hace al General Castilla en el “Heraldo” del 13, es el haber acampado durante una noche cerca del puente de la Oroya en una posicion falsa, donde si no fué destruido por Echenique, debió su salvacion tan solo á su *fortuna*. Para conocer la razon con que se acrimina al General en Jefe del ejército de los pueblos, vamos á describir el lugar que este ocupó en esa noche, y á exponer las circunstancias de ámbos ejércitos entonces.

“El terreno ocupado por el ejército libertador es una quebrada algo estrecha: corre á su izquierda el caudaloso rio de la Oroya por un cauce muy profundo, y á su derecha se levantan cerros casi inaccesibles, dejando en medio un espacio de cerca de *cuatrocientas varas*.

“A nuestro juicio esta posicion no era desventajosa al ejército de los pueblos: hé aquí las razones en que nos apoyamos.

“El ejército libertador era en este tiempo muy inferior al de Echenique en número, pero le excedia en calidad. Contando con esta ventaja, era conveniente buscar un terreno que permitiese ofrecer *igual frente al enemigo* con el objeto de inutilizar la superioridad numérica, y de aprovecharse del mayor entusiasmo y mejor condicion de sus infan-

tes. Esta circunstancia se llenaba satisfactoriamente en la quebrada de la Oroya; allí el Libertador pudo haber presentado *seis columnas paralelas de dos compañías de frente cada una y cuatro de fondo*, apoyando su izquierda en el río de la Oroya, su derecha en el cerro pendiente de que ya hemos hecho referencia, y colocando las piezas de artillería mejor servidas y dotadas en los intervalos de las columnas. Podía también haber desplegado cuatro compañías de cazadores al frente, que parapetadas en los corralones y piedras grandes que abundan en ese lugar, habrían hecho un servicio importante. Aun la reserva admitía una colocación aparente por la naturaleza del terreno. En esta formación podía el General en Jefe esperar con absoluta confianza al enemigo que debiera atacarlo marchando por la misma quebrada. Mas si Echenique hubiera tratado de obrar sobre el flanco derecho del ejército libertador, habría tenido que recorrer un camino dilatado, durante el que el General Castilla podía *pasar el puente de la Oroya*, quedando de este modo dueño de los almacenes, hospitales y cuanto hubiere Echenique dejado en su cuartel general. Y aun suponiendo que el Libertador hubiera querido empeñar una batalla, media legua á su retaguardia tenía una brillante posición para colocarse en caso necesario.

No por ser estrecha la quebrada de la Oroya puede deducirse, pues, que la situación del ejército fué difícil, y que el Libertador cometió una falta grave, como lo acabamos de exponer prácticamente. Léase en prueba de nuestro aserto la historia militar, y allí se encontrarán mil casos en que la estrechez del terreno es de todo punto precisa para el buen resultado de las operaciones. Y á fin de que no se nos califique de arbitrarios, recomenda-

mos la disposicion en que se dió *la batalla de Arco-la, donde triunfó la calidad y el valor de los franceses* contra el numeroso ejército austriaco, merced á la pequeña extension del terreno á que se redujo el combate, por la condicion del lugar *escojido hábilmente* de antemano. Quien, como los detractores del General Castilla con tanta lijereza y falta de fundamento una situacion que no comprende, da derecho para que se le devuelvan los epitetos *de torpe y presuntuoso* de que se sirve en su atrevida ignorancia.”

Si no estuvieramos ciertos de que quien ha estampado estas palabras no conoce la localidad de que habla, sino que ha seguido los datos que se le han comunicado, le diriamos que tiene mal ojo para apreciar los espacios; el conocido con el nombre de *Oroya* tendrá, á lo sumo, ciento cincuenta varas; pero aun en el caso de que sean cuatrocientas, ¿son estas suficientes para hacer formar una línea de batalla? La pretendida idea de querer encajonar al enemigo que ataca, nos parece tan original como risible: queria ponerse muros para que la línea enemiga no fuera mayor que el frente que opusiera el ejército atacado, y la ocurrencia no carece ciertamente de originalidad. Al lado de esta causal dada para cohonestar el indisculpable hecho de haberse por sí mismo encajonado el Libertador, causal, como hemos dicho, tan ingeniosa como nueva, campea la no ménos nueva idea de una *formacion de columnas paralelas de dos compañías de frente cada una, y cuatro de fondo*. Esta formacion no registrada en ninguna táctica ni libro militar, jamas adoptada por ningun capitan grande ni pequeño, antiguo ni moderno, es una creacion del Libertador ó de su defensor, tan instruido y versado en materias de guerra. ¿Como pueden formarse esas co-

lumnas paralelas, sin distancias, para recibir al enemigo? Y si ningun batallon tenia mas que cuatro compañías, ¿como tendria cada columna dos de frente y cuatro de fondo? La idea por desconocida y extraña deberia haber sido mejor explicada por el escritor, si deseaba pasar por hombre de ideas, aunque sugeridas, en las maniobras y movimientos de las tropas: por que mal pega asentar semejantes disparates á un escritor *sentencioso y presumido* que califica á su adversario de *atrevido y de ignorante*.

No nos ha negado el defensor del General Castilla que este hubiese hecho destruir el puente de la Oroya y quemar la madera de que se ha formado, pero á pesar de eso, dice con bastante desembarazo que quedaba al Libertador el remedio de *pasar el puente*, merced al largo camino que Echenique tenia que recorrer. Necesario era que se nos hubiera dicho si la dilatacion del camino era tal que el tiempo necesario para atravesarlo, bastaba para la reconstruccion del puente, á no ser que en la fecunda cabeza del Libertador existiera para este *paso* alguna otra concepcion, tan brillante y eficaz como la *formacion de columnas*.

No es ménos desgraciado el escritor en la aplicacion de pasajes históricos que en sus combinaciones estratégicas: para probar que es bueno situar los ejércitos en posiciones estrechas nos refiere el hecho de *Arcola*, donde los franceses acometieron á las tropas austriacas; nosotros no preciamos de muy conocedores de la historia militar, pero con solo el conocimiento de que los agresores fueron los franceses, hubieramos citado ese hecho como prueba de que es ventajoso asaltar ejércitos situados en terrenos estrechos, supuesto que los austriacos á pesar de *la condicion* de un terreno *hábilmente escogido*,

fueron derrotados por sus enemigos. Si siendo mas numerosos los austriacos, si habiendo *escojido habilmente* el lugar de la pelea, no pudieron obtener la victoria, ¿qué hubiera resultado á las tropas libertadoras, menores en número que sus contrarias, y colocadas en un lugar no escojido con habilidad, sino ocupado por efecto de un atolondramiento? Busque el defensor del General Castilla, en la historia de los desaciertos militares, alguno que se asemeje á la ocupacion de la Oroya: el hecho que hoy nos cita es *contra producentem*, como diria la gente de foro.

“Aunque en el dia que el ejército se detuvo en Cieneguilla, no pudo conseguirse todo lo que se deseaba, el ejército continuó su marcha sobre Manchay, dejando en el primer punto la columna Izcuchaca y alguna caballería para proteger á los rezagados, cargas y ganado que le seguian. Una vez reconcentrado en lo absoluto, emprendió su movimiento sobre San Juan, con el objeto de ocupar el Callao; y es evidente que con un ejército mejor instruido y disciplinado, habria podido realizarse el movimiento en toda la noche (por lo ménos se habria tomado posesion de la huaca Juliana al romper el dia); pero *con fuerzas colecticias, con Jefes y oficiales nuevos*, se hizo imposible llevarla á cabo. A las seis de la tarde se inició la marcha desde Manchay, y hasta las doce de la noche apenas se habian vencido tres leguas, de suerte que cuando llegó la última fuerza que venia cerrando la retaguardia, se continuó la marcha en formacion de columnas. Esta formacion era absolutamente necesaria para atravesar la tablada de Lurin, donde era posible un ataque de la caballería enemiga, y al practicarla no podia dejar de perderse algun tiempo. Siguió su movimiento el ejército libertador en co-

lumnas sucesivas, y por mas que lo aceleró, fué sorprendido por el dia á mas de legua y media de distancia de los primeros montecillos de San Juan. Despues de las siete llegó al pueblo de Surco, descansando en él el tiempo necesario para reconocer si el enemigo estaba en esas inmediaciones, mas viendo que no habian ni partidas de observacion siquiera, siguió su marcha con la rapidez posible, sin vacilar el Libertador por ninguno de estos inevitables contra tiempos, en su plan de ocupacion del Callao. A las diez y media de la mañana llegó la vanguardia del ejército popular á Miraflores, encontrándose frente á frente con el enemigo que habia ocupado la Huaca Juliana con su artillería, protegida por una fuerza de infantería considerable, teniendo el resto del ejército en línea tras unos tapiales. En este estado, las fuerzas Libertadoras, que hasta la una no pudieron reconcentrarse, permanecieron en Miraflores, no como en un punto escogido, sino como en una posicion de circunstancias que fué preciso ocupar.

“En Miraflores se colocó el ejército libertador, apoyando su izquierda en las primeras casas del pueblo, y dilatando su derecha hasta apoyarla tambien en unos promontorios de tierra que existen en aquel lugar, advirtiendole que la línea se hallaba formada detras de unos tapiales que la resguardaban por el caso de un ataque simultáneo; y que la reserva, compuesta de ocho fuertes batallones, se situó de modo que pudiese ocurrir al punto que hubiese sido necesario reforzar. Permaneció en esta colocacion el ejército por algunos dias, esperando su General en Jefe una ocasion oportuna para hacer un movimiento que diese por resultado el triunfo de la causa de los pueblos. El momento llegó, y el 5 de Enero fueron deshechas las tropas que

servian á Echenique en la "Palma"—*posicion que fué reconocida y estudiada perfectamente dias ántes del combate.*"

Recurrimos al sano juicio de los lectores para que comparando este trozo con la parte de nuestra relacion á que se refiere, decidan si se combaten en él nuestras reflexiones. Esperábamos que se nos diera como pretexto para la lentitud en las marchas, la naturaleza de las tropas libertadoras. Todas son en su origen *colecticias*, y los hombres que han formado estas son los mismos que han compuesto todos nuestros ejércitos. Es una verdad universalmente reconocida que el soldado peruano es infatigable en las marchas, y que camina de doce á quince leguas diarias; mientras tanto el ejército libertador hizo todas sus jornadas sin exceder jamas de cinco leguas, y no podia encontrarse en incapacidad de forzarlas cuando las circunstancias lo exigieran. Un ejército, entre nosotros, no se considera *colecticio* cuando tiene un año de formado, y mucho ménos cuando ha pasado en campaña todo ese tiempo.

No ha sido, pues, la demora en las marchas resultado de la impotencia del soldado: ella ha reconocido por causa la inseguridad del Libertador en sus procedimientos, y su deseo de que la campaña no terminara por un acto de sangre, sino por medio de actas de pronunciamientos. Este deseo hubiera sido laudable y patriótico, si pudiera traer su origen de un sentimiento humanitario, si se hubiese querido evitar víctimas y lágrimas; pero no lo es cuando engendrado meramente por la presuncion y vanidad mas descaradas, contaba el General Castilla con su solo nombre como con un talisman que bastaria para hacerle abrir las puertas de la capital; ni lo es tampoco cuando, si se quiso evitar

muchas veces con punibles indecisiones la destruccion del enemigo, se exponia con la misma frecuencia la suerte de las tropas libertadoras.

Pero el Libertador triunfó, y basta la victoria para acreditar que todos sus pasos y determinaciones llevaban el sello de la meditacion y del acierto. Hé aquí el argumento que mas se repite por el defensor del General Castilla, sectario del principio de que un resultado basta para hacer buenos los medios. Quisieramos ver esplicada la teoría de esa vulgaridad, por que no alcanzamos á comprender como el simple hecho de triunfar, puede colocar en la clase de proezas los mas monstruosos desaciertos. Si la victoria hubiera coronado una série de maniobras militares, ejecutadas con tino, con ciencia y con pericia: si ella misma hubiera sido el resultado de hábiles y oportunas decisiones en el campo del combate, entónces, y solo entónces seria gloriosa para el General en Jefe; pero cuando la batalla se ha dado en el momento en que ménos lo esperaba el General Castilla, cuando su ejército estaba en desórden y desprevenido, y cuando, en fin, empeñado el choque, no se sintió su presencia en la línea, como debe sentirse la del General en Jefe, ¿qué importa el resultado? ¿Es acaso la consecuencia lógica de la conducta de ese General? No, sin duda: es un acto PROVIDENCIAL, del que nadie, ménos que el caudillo, reporta gloria alguna.

